



EL ASESINO TOCA LA ZAMBOMBA

Joseph Berna



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.544 - El espía que surgió de la cama.

En Colección KANSAS:

843 - La elección de Miss Oklahoma.

En Colección COLORADO:

841 - Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

460 - Fuera sombreros, que corre «Matusalén».

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

406 - La venganza de Chris Logan.

En Colección PUNTO ROJO:

915 - Un ataúd para la heredera.

JOSEPH
BERNA

EL
ASESINO
TOCA LA
ZAMBOMBA

Colección
PUNTO ROJO
n.º 936
Publicación
semanal
Aparece los
SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES • CARACAS
- MEXICO**

ISBN 84A02-02520-X

Depósito legal: B. 757 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1980

©Joseph Berna - 1980

texto

©Miguel García - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Lorry Claxton se estaba secando con la toalla.

Acababa de salir de la bañera, y todo su cuerpo, fresco y limpio, olía a sales de baño. Antes de vestirse, Lorry perdió unos segundos contemplándose en el espejo. Siempre lo hacía, porque le gustaba mirarse desnuda.

Lorry Claxton contaba sólo veintitrés años de edad, y se sentía realmente satisfecha de su figura.

Era para estarlo, desde luego.

Metro setenta de estatura, hombros redondos, senos más bien pequeños, pero altos y firmes, de rosados pezoncillos, estrecha cintura, vientre liso, caderas de suave curva, pero bien formadas, muslos largos, perfectamente torneados...

Una figura, en suma, larga y esbelta, de las que ahora gustan a los hombres.

A Rex O'Malley, particularmente, le encantaba.

Rex era detective, y aquella noche iba a cenar con Lorry, en el apartamento de ésta. Un apartamento amplio y decorado con exquisito gusto, ubicado en la Quinta Avenida de Nueva York.

Y era de su propiedad.

Lorry Claxton, modelo de alta costura, ganaba mucho dinero, y podía permitirse ese y algunos otros lujos, como el de poseer un magnífico automóvil deportivo de importación. El ser una cotizada modelo, sin embargo, no se le había subido a la cabeza, y Lorry seguía siendo una muchacha agradable y simpática, que no olvidaba a los amigos de antes, los que la conocieron cuando ella luchaba por abrirse camino en la vida.

Era el caso de Rex O'Malley, una de las personas a las que más apreciaba en este mundo.

Y quizá era algo más que aprecio lo que sentía por él.

Prueba de ello es que se habían acostado juntos muchas veces, y Lorry se sentía pero que muy feliz entre los brazos de Rex, recibiendo sus besos y sus caricias.

El también se sentía feliz en esos momentos, se le notaba en la cara. Sin embargo, nunca le había dicho a Lorry que estuviera enamorado de ella.

Lorry, a veces, pensaba que Rex no se atrevía a confesarlo porque ella era una cotizada modelo, y temía que su proposición de matrimonio fuera rechazada.

Y probablemente lo sería, porque Lorry Claxton no pensaba en casarse, porque eso, sin duda, perjudicaría su carrera profesional.

De ahí que Lorry rehuyera preguntarse si estaba enamorada de Rex O'Malley, porque si la respuesta era afirmativa, iba a tener un serio

problema, muy difícil de resolver.

Mejor, pues, que las cosas siguiesen como estaban.

A ella le gustaba Rex, y a Rex le gustaba ella.

Se veían a menudo.

Hacían el amor...

¿Por qué complicarse la vida pensando en otras cosas?

Lorry Claxton dejó de contemplar su cuerpo desnudo en el espejo, y procedió a vestirse. Un atuendo cómodo y sencillo: pantalón de pana, marrón, un grueso jersey de cuello alto, blanco, y babuchas azules, para tener los pies bien calentitos.

Estaban en pleno invierno, y en Nueva York el frío se dejaba sentir con intensidad, aunque la calefacción impedía que Lorry lo acusase en su magnífico apartamento.

La modelo salió del cuarto de baño y se sentó frente al oval espejo de su tocador, donde se maquilló suavemente, para realzar los atractivos de su bello rostro, y cepilló su frondosa cabellera, de color whisky, suave y brillante.

En ello estaba, cuando el timbre de su apartamento se puso a sonar.

Los ojos de Lorry Claxton, grandes y de pupilas verdosas, brillaron de alegría.

—Rex... —murmuró.

Dejó el cepillo del pelo sobre el tocador, se levantó de la banqueta, y salió rápidamente de su dormitorio, en cuyo lecho podía dormir cómodamente no ya una pareja, sino dos. Dormir..., o lo que fuera, sin miedo a caerse.

Era enorme.

Mucho antes de alcanzar la puerta, Lorry Claxton empezó a oír el - ruido ronco y extraño, que procedía del otro lado de la misma.

«¡Roc! ¡Roc, roc, roc! ¡Roc, roc, roc!»

La modelo se detuvo un momento.

—¿Qué diablos será eso? —se preguntó, en voz alta.

«¡Roc! ¡Roc, roc, roc! ¡Roc, roc, roc!», seguía oyéndose.

Lorry se asustó ligeramente.

¿Y si no era Rex O'Malley?

¿Y si se trataba de algún gamberro, que tenía ganas de divertirse, y deseaba hacerlo con ella?

Lorry decidió tomar sus precauciones, y antes de abrir la puerta, pasó la cadena de seguridad.

Un instante después se convencía de que no era necesario tomar precauciones, porque sí era Rex O'Malley.

Lorry se quedó mirándolo con la boca abierta.

Bueno, más que mirarlo a él, miraba el rústico instrumento musical que sostenía en la mano izquierda, apoyado contra su pecho, y que hacía sonar con la mano derecha, al frotar rítmicamente el carrizo que

salía de la piel tirante que cerraba el extremo superior del instrumento.

Rex O'Malley, de veintisiete años de edad, alto, ancho de hombros, pelo castaño, y rostro simpático, sonrió, mostrando su sana dentadura.

—Hola, Lorry—saludó, sin dejar de frotar el carrizo y de armar ruido. La modelo soltó la cadena de seguridad, abrió la puerta de par en par, y apuntó el chisme con uno de sus largos y finos dedos, rematados por unas uñas preciosas.

—¿Qué diablos es eso, Rex...? —exclamó, todavía con gesto de perplejidad.

—Una zambomba.

—¡Una zambomba!

—Sí. ¿Te gusta cómo suena?

—Pero...

—Espera que me humedezca la mano, que se me ha quedado seca y ya no suena casi —dijo Rex O'Malley, soltando el carrizo y escupiéndose en la diestra.

Luego agarró de nuevo el carrizo y lo frotó con excelente estilo, como si fuera zambombero de toda la vida.

«¡Roc! ¡Roc, roc, roc! ¡Roc, roc, roc!», volvió a oírse, mucho más fuerte y más ronco que antes.

—¿Qué te parece cómo suena ahora, Lorry? ¿No es una maravilla?

Lorry Claxton se cubrió los oídos con las manos y suplicó:

—¡Basta, Rex, por favor! ¡Vas a dejarme sorda!

El detective dejó de tocar la zambomba y se la ofreció a la modelo.

—Toma, la he comprado para ti.

—¿De veras... ?

—Como dentro de nada es Navidad, pensé que te gustaría tener una. Es el instrumento típico de la Nochebuena. Junto con la pandereta, claro. Pero a mí siempre me gustó más la zambomba. Es más viril.

—Claro.

—Ya estás pensando mal.

—¿Cómo lo sabes?

Por esa sonrisita tan maliciosa que ha aparecido en tus preciosos labios.

Lorry Claxton rió.

—Vamos, pasa.

Rex O'Malley entró en el apartamento.

Esperó a que la modelo cerrara la puerta, y entonces preguntó:

—¿Tú sabes tocar la zambomba, Lorry?

—No —respondió ella.

—Yo te enseñaré.

—¿Ahora...?

En cuanto me despoje de la trinchera.

—Pero si la cena...

—Luego hablaremos de la cena —la interrumpió Rex, que ya estaba colgando su trinchera en la percha.

Vestía traje oscuro, de lana, camisa blanca, con finas rayas azules, con la que hacía juego la corbata, y calzaba botines negros, de piel.

Apenas dejar la trinchera en la percha, el detective se colocó detrás de Lorry Claxton.

Ella le miró por encima del hombro y preguntó:

—¿Qué haces?

—Desde aquí te instruiré mejor —explicó Rex O'Malley—. Coge la zambomba con esta mano, la izquierda, y apriétala contra tu cuerpo, y con la derecha frota el carrizo. Pero tienes que humedecértela antes, o no sonará.

—¿Es imprescindible lo del salivazo?

—Absolutamente.

—Qué asco... —rezongó Lorry, pero se escupió en la mano.

Cogió con ella el carrizo.

—Dale, Lorry —indicó Rex.

La modelo frotó el carrizo, pero su estilo era muy malo, y la zambomba sólo gemía débilmente.

—Esto no marcha, Rex.

—Tienes que frotar con más vigor.

—No tengo tanta fuerza como tú.

—Es cuestión de habilidad, más que de fuerza.

—Si fuera hombre, tendría alguna, pero como soy mujer... —Ya estás pensando mal otra vez.

—No voy a negarlo —sonrió Lorry.

—Yo te ayudaré.

—¿A pensar mal?

—A hacer sonar la zambomba, demonio.

—Te lo agradeceré mucho.

Rex rodeó con su mano la de Lorry, con fuerza, y la obligó a frotar el carrizo.

«¡Roc! ¡Roc, roc, roc! ¡Roc, roc, roc!», empezó a sonar, medianamente bien.

—¡Ya suena, Rex! —exclamó la modelo, eufórica.

—¿No te dije que lo conseguirías?

—¡Dan ganas de cantar un villancico!

—Yo sé uno.

—¡Adelante, Rex!

El detective empezó a cantar:

—«¡La Virgen se está peina-aa-ando...!»

Lorry Claxton se echó a reír alegremente, porque Rex O'Malley desafinaba una cosa mala.

—¡Qué mal cantas, Rex!

—Bueno, ya sé que no me puedo comparar con Frank Sinatra, pero...

—Lo haces fatal, de verdad.

—Otras cosas sé hacerlas mucho mejor.

—¿Como por ejemplo...?

La mano izquierda del detective se introdujo por debajo del grueso jersey y se deslizó hacia el pecho femenino, cuyos senos oprimió suavemente.

Y al natural, porque Lorry Claxton nunca se ponía sujetador.

La modelo contuvo un gemido de gozo, cuando los hábiles dedos de Rex O'Malley frotaron y tironearon sus pezones, endureciéndolos.

Al propio tiempo, el detective la besaba cálidamente en el cuello y mordisqueaba el lóbulo de su oreja derecha, estremeciendo a la muchacha de pies a cabeza.

Lorry cerró los ojos y musitó:

Rex...

—¿Qué?

—¿Por qué no nos olvidamos de la zambomba y...?

Me encantaría, pero...

El tono en que Rex O'Malley pronunció aquel «pero» cayó como un jarro de agua fría sobre Lorry Claxton.

—¿Por eso montaste él numerito de la zambomba, Rex, para decirme después que no vas a cenar conmigo esta noche? Ni cenar, ni nada, claro —masculló la joven.

—Yo lo siento aún más que tú, Lorry —aseguró el detective, que seguía besándola y acariciándola tiernamente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la modelo, ceñuda.

—Uno de mis compañeros se ha puesto repentinamente enfermo, y el teniente me designó para hacer su turno esta noche.

—Pues qué bien.

—A las ocho de la mañana estaré libre.

—¿Y...?

Puedo venir directamente aquí, si quieres.

—¿Para qué? Sólo tendrás ganas de dormir.

—Te equivocas, y me gustaría demostrártelo.

Lorry Claxton exhaló un suspiro de resignación.

—De acuerdo, te esperaré..

Rex O'Malley la obligó a darse la vuelta y la miró a los ojos.

—Qué comprensiva eres, Lorry.

La modelo arrojó la zambomba sobre un sillón y rodeó el cuello masculino con sus brazos.

—¿Tienes tiempo para darme un beso, Rex?

—Y va a valer por tres —respondió el detective, cubriendo su boca con la de él, ávidamente.

Su mano derecha también se perdió bajo el jersey de gruesa lana, y recorrió toda la espalda femenina, tibia y suave como el terciopelo, mientras la izquierda manipulaba expertamente los erguidos senos de la modelo.

Aquello duró cuatro minutos largos.

Luego Rex O'Malley separó su boca de la de Lorry Claxton y retiró sus manos del cuerpo de ella, estremecido de placer.

—Hasta mañana, Lorry.

—Hasta mañana, Rex —respondió la modelo, soltando el cuello de él.

Rex O'Malley se puso la trinchera y abandonó el apartamento, sin sospechar que aquélla era la última vez que veía con vida a Lorry Claxton.

CAPÍTULO II

Lorry Claxton cenó sola, vio un rato la televisión, y luego se acostó.

Hacía tan sólo unos minutos que había conciliado el sueño, cuando la despertó un ruido, extraño y ronco, aunque para la modelo ya no tenía nada de extraño aquel «¡roc!, roc, roc, roc!, ¡roc,-roc, roc!».

Lorry respingó en la cama.

¡La zambomba!

¡Estaba sonando!

¡Rex O'Malley había vuelto!

Loca de alegría, Lorry Claxton saltó de la espaciosa cama y corrió hacia la puerta, sin ponerse las babuchas ni la bata, en camisón.

Y qué camisón...

Le llegaba hasta los pies, pero no le cubría nada, porque era descaradamente transparente.

Lorry abrió la puerta y salió del dormitorio.

Lo primero que vio, fue la zambomba que le regalara Rex O'Malley.

Seguía sobre el sillón.

Quieta.

Muda.

Sin embargo, el «¡roc!, ¡roc, roc, roc!, ¡roc, roc, roc!», seguía oyéndose. Y no fuera del apartamento, sino dentro de él.

La zambomba parecía sonar en la cocina.

Lorry fue hacia allí, pensando que Rex O'Malley había comprado otra zambomba y tenía ganas de jugar.

Pero no era así, y la modelo no tardó en comprobarlo.

El hombre que tocaba la zambomba en la cocina, y que ocultaba su rostro bajo un ancho antifaz negro, no era Rex O'Malley.

No eran sus ojos.

Ni su boca.

Ni su mentón.

Ni su pelo...

Tampoco vestía como el detective.

El tipo dejó de frotar el carrizo cuando Lorry Claxton entró en la cocina, y la zambomba enmudeció.

—¿Qué tal, Lorry? —saludó, con una fría sonrisa.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado? —preguntó la modelo, colocándose un brazo sobre el pecho y la otra mitad sobre la región del pubis, porque bajo el transparente camisón no llevaba nada.

— Mi nombre no puedo decírtelo, preciosa, porque entonces no serviría de nada que ocultase mi rostro bajo un antifaz. En cuanto a lo otro, lo de que cómo entré en el apartamento, fue muy sencillo. Utilicé una llave maestra.

—¿Qué es lo que quiere?

—Regalarte una zambomba, para que la toques en Nochebuena.

—Gracias, pero ya tengo una.

—Sí, la vi sobre el sillón, al entrar. Y también sé quién te la regaló.

—¿Ah, sí?

—Ese policía con el que haces el amor, de vez en cuando.

Lorry enrojeció.

—Eso a usted no le importa.

—Desde luego que no. Es tu cuerpo, muñeca, y puedes ofrecérselo a quien te plazca. Pero envidia al tipo, créeme —los ojos del misterioso sujeto, grises y fríos, recorrieron la estilizada figura de la modelo.

Lorry Claxton hubiera querido tener varias manos más, para cubrirse vientre, caderas y muslos, pero como no las tenía, apretó los dientes y dijo:

—Va usted a marcharse en seguida, sea quien sea.

—Todavía no, encanto. Antes tienes que aceptar la zambomba que te he comprado.

—Le repito que ya tengo una.

—Esta es más grande y suena mejor. Toma, compruébalo.

—Yo no acepto regalos de desconocidos.

La mano derecha del tipo se movió de forma relampagueante y restalló en la mejilla de Lorry Claxton, con tanta violencia, que la modelo cayó al suelo, dando un grito.

Cuando Lorry miró de nuevo al individuo del antifaz, con ojos llameantes de furia, descubrió que esgrimía una navaja de resorte en la diestra.

—No me obligues a utilizar esto contigo, Lorry Claxton. Y te aseguro que lo haré, si no haces todo lo que yo te diga.

El terror empezó a apoderarse de la modelo, de cuya boca resbalaba un hilillo de sangre, y no se atrevió a levantarse.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó, con trémula voz.

—Toma mi zambomba.

Lorry la cogió.

—Tócala —ordenó el tipo.

—No sé.

—Es muy fácil. Vamos, inténtalo.

Lorry se apoyó la zambomba contra el pecho y empezó a frotar el carrizo con la diestra, pero como no se había humedecido la mano, el instrumento no sonó.

—No puedo —musitó.

—Escúpete en la mano —indicó el sujeto.

Lorry lo hizo, pero sirvió de muy poco.

—Es inútil, ya le dije que no sé tocarla.

—No te preocupes, yo te enseñaré. Pero no aquí, sino en tu dormitorio.

Lorry se estremeció.

—¿Qué es lo que pretende?

—No hagas preguntas y obedece.

La modelo se puso en pie.

El individuo la cogió del brazo y le mostró la navaja.

—Si gritas, o intentas huir, no dudaré en llenarte el cuerpo de agujeros. No lo olvides. Lorry Claxton notó que le flaqueaban las rodillas.

—Vamos, camina —ordenó el tipo, empujándola.

Salieron de la cocina y fueron al dormitorio, cuya puerta cerró el sujeto del antifaz, cuando estuvieron dentro, echando el pasador.

El tipo llevó a Lorry hacia el lecho.

—Quítate el camisón y tiéndete en la cama —indicó.

La modelo, que ya se temía algo así, lo miró, con una mejilla colorada, a causa de la bofetada, y la otra blanca como el mármol, a causa del pánico.

—Va a abusar de mí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cuando haya satisfecho su deseo?

—Si no me creas problemas durante el acto, y te esfuerzas un poco para que yo goce de verdad, me marcharé sin hacerte nada.

—O me matará...

—Si pensara hacer eso, no me habría puesto un antifaz, porque los muertos no pueden acusar a nadie. Sólo deseo gozar de ti, Lorry.

—¿Por qué yo, precisamente.

—Te lo diré, guapa. Porque le gustas a Rex O'Malley.

—¿Conoce usted a Rex?

—Sí, somos viejos amigos.

—¿Qué le hizo él, para que desee vengarse conmigo?

—Si te lo contara, luego tendría que matarte, y te repito que no tengo intención de hacerlo.

Lorry no hizo más preguntas.

—Vamos, nena, fuera el camisón —apremió el individuo.

Lorry Claxton dejó la zambomba sobre la cama y soltó los lazos del camisón, el cual cayó suavemente al suelo, dejándola completamente desnuda, de espaldas al tipo del antifaz. La mano del sujeto cayó lentamente sobre las esbeltas nalgas femeninas, aprisionándolas con fuerza, y luego se deslizó hacia los breves y erectos senos, que también aprisionó con avidez, para, algunos segundos después, descender por el terso vientre y enroscar sus dedos en el suave vello que cubría el pubis.

Lorry Claxton, asqueada, estuvo a punto de echar a correr hacia la puerta, dando chillidos, pero no se atrevió, porque el tipo tenía una navaja, y ella no quería sentirla clavada en su pecho, su vientre, o su espalda.

Le repugnaba dejarse manosear y poseer por un desconocido, pero si ése era el precio que tenía que pagar para seguir con vida..., lo pagaría.

CAPÍTULO III

Rex O'Malley se dirigía a la comisaría donde prestaba sus servicios.

No podía dejar de pensar en Lorry Claxton.

Qué chica tan encantadora...

Le decía que no podía cenar con ella, porque tenía que sustituir a un compañero enfermo, y no se enfadaba con él.

Sabría recompensarla por la mañana, cuando abandonase el servicio, haciéndole pasar una hora maravillosa, que también lo sería para él, naturalmente.

Se estaba prometiendo esto a sí mismo, cuando, de pronto, un coche azul surgió por una calle de la derecha.

¡Y cómo surgió!

Su conductor debía creer que estaba corriendo las veinticuatro horas de Le Mans, y quería triunfar en la prueba.

Rex O'Malley realizó una hábil maniobra, impidiendo, al menos, que el automóvil azul colisionara contra el morro de su «Ford», de color gris.

Pero no pudo evitar que colisionara contra la parte de atrás.

Bueno.

Del mal, el menos.

Rex detuvo su auto y salió de él, totalmente ileso.

¿Habría tenido el conductor del coche azul la misma suerte?

Era lo que el detective quería averiguar.

Fue hacia el auto loco, que también se había detenido, y asomó la cabeza por la ventanilla.

Lo conducía una joven de unos veintidós años, morena, de rostro gracioso, que se protegía del frío con una trenka, bajo la cual llevaba un jersey rojo, con rombos blancos. El pantalón era de color beige, y los zapatos, de ancho tacón, marrones.

Rex O'Malley se asustó un poco, porque la cabeza de la chica descansaba sobre el volante, y tenía los ojos cerrados, aunque no se le apreciaba herida alguna.

El detective abrió rápidamente la puerta del coche y levantó con cuidado la cabeza de la muchacha.

Bastó aquello para que la joven, que solamente estaba aturdida, se recobrara. Tenía los ojos castaños, grandes y vivos, muy bonitos.

—¿Se encuentra bien? — le preguntó Rex.

La chica irguió el torso y se apretó las costillas con ambas manos.

—Sí, creo que sí... —respondió quedamente.,

—¿Siempre conduce de un modo tan temerario?

—No, sólo cuando tengo mucha prisa.

—¿Adónde iba?

—A la clínica Bienvenidos al Mundo.

—No la conozco.

—Porque no es usted mujer.

—No la entiendo.

Es una clínica de maternidad, exclusivamente.

—Oh...

—Estoy a punto de tener un hijo, ¿sabe?

Rex dio un respingo.

—¿En serio... ?

—Sí.

—Pues no se le nota casi nada... —observó Rex, fijándose en el vientre de la muchacha, plano como una tabla. Ella se lo miró también y soltó una risita.

—Perdone, me he explicado mal. Es mi hermano el que va a tener un hijo.

A Rex O'Malley se le abrió la boca.

—¿Su hermano... ?

—Sí, se llama Peter.

—¿Dónde lo operaron?

—¿De apendicitis?

—De lo otro.

—Oh, se refiere a las amígdalas.

—No, tampoco me refiero a las amígdalas.

—Pues mi hermano no está operado de más cosas.

—¿Y cómo es posible que vaya a tener un hijo?

La chica volvió a reír.

—Caray, qué tonta soy. Debe ser a causa del accidente. O de los

nervios que da el saber que a una van a hacerla tía. Es la mujer de mi hermano la que va a tener un hijo.

—Oh, eso ya es otra cosa —respiró profundamente el detective.

La joven lo miró dulcemente.

—¿Le hice a usted algún daño, cuando le embestí?

—Ninguno, afortunadamente.

—Cuánto me alegro. ¿Y a su coche... ?

—Un poco.

—Avisaré a mi compañía de seguros, y ella se ocupará de dejárselo como nuevo.

—No se preocupe, lo importante es que los dos hayamos salido ilesos del accidente. —¿Cómo se llama usted?

—Rex O'Malley.

—Yo, Kate Landon.

—Su coche ha quedado mucho peor que el mío, Kate. —Me temo que sí.

—¿Podrá ponerlo en marcha?

—No lo sé.

—Pruebe a ver.

Kate Landon lo intentó, pero no pudo ponerlo en movimiento.

—Es inútil, no arranca —suspiró, desalentada.

—No se desespere.

—¿Cómo no voy a desesperarme, con la prisa que tengo? Como tarde en pasar un taxi libre...

—Yo la llevaré a esa clínica, en mi coche.

—¿De veras...? —se iluminó el rostro de la joven.

—No ando muy sobrado de tiempo, pero creo que puedo perder unos minutos con usted.

—No quisiera que tuviera problemas por mi culpa, Rex. —No los tendré, no se preocupe —sonrió el detective. —Es usted muy amable, Rex.

—Vamos, salga del coche.

—En seguida.

Kate Landon tomó su bolso y descendió del auto, volvió a oprimirse las costillas, con una mueca de dolor. Rex O'Malley la tomó del brazo.

—¿Seguro que se encuentra bien, Kate?

—Sí, no se preocupe. Me di un golpe contra el volante, pero sin importancia. Cuando llegue a casa me daré unas friegas de alcohol y se me pasará el dolor.

—Si no es así, vaya al médico.

—Desde luego.

Caminaron hacia el «Ford» gris y subieron a él.

Rex puso el motor en marcha.

—¿Dónde está la clínica Ya estamos en el mundo?

—Bienvenidos al mundo —corrigió Kate, riendo divertida. —Eso.

La joven se lo dijo:

—En diez minutos estaremos allí —aseguró el detective, arrancando el «Ford».

Kate Landon, al fijarse en la radio que llevaba instalada el coche, preguntó:

—¿Es usted policía, Rex...?

—Sí.

—Qué raro.

—¿Que sea policía?

—Que no me haya puesto una multa, por conducir tan alocadamente.

Rex sonrió.

—Mi misión es otra.

—Atrapar ladrones, y cosas así, ¿no?

—Exacto.

—Qué profesión tan arriesgada.

—Pero necesaria, mientras queden personas sin escrúpulos en el mundo.

—Y cada vez hay más.

—Por desgracia.

Kate Landon, tras unos segundos de silencio, preguntó: —¿Es usted casado, Rex?

—No.

—¿Tiene novia?

—No.

—Entonces, ninguna mujer sufre por culpa de su profesión.

—No, creo que no. Si acaso, Lorry Claxton.

Kate respingó en el asiento.

—¿Se refiere a la famosa modelo...?

—¿La conoce usted, Kate?

—¡Por supuesto! Personalmente, no, claro. Aunque no sabe cómo me gustaría.

—Lorry es una buena amiga mía. La mejor de todas. Si quiere, puedo presentársela.

—¿Lo dice en serio, Rex?

—Desde luego.

—¿No se molestará ella?

—¿Lorry...?

—Sí.

—En absoluto. Es una chica sencilla y simpática. Le encantará conocerla a usted, Kate, se lo aseguro.

—¡Ay!, si no fuera porque acabo de conocerle, le daba un beso —exclamó espontáneamente Kate Landon, radiante de alegría.

Rex rió.

—No se quede con las ganas, Kate.
—¿No me considerará una fresca?
—Claro que no.
—Entonces, se lo doy —se decidió la joven, y le besó en la mejilla. Bueno, ésa era su intención, pero Rex O'Malley ladeó astutamente la cabeza en el último instante y recibió el beso en plena boca. Kate Landon se ruborizó.
¡Ay!, le he besado en los labios.
—¿Y no era ahí donde quería besarme?
No, claro que no. Yo quería besarle en la mejilla...
—¿Le confieso una cosa?
—¿Qué?
Me alegro de que se haya equivocado.
Kate bajó la mirada, azorada.
—Aunque le hubiera disgustado, la cosa ya no tiene remedio.
—¿A qué hombre iba a disgustarle ser besado por una chica tan bonita como usted?
No exagere. Soy monilla, nada más.
—A mí me gusta, y no lo digo por galantería.
La joven alzó la mirada.
—Yo creo que sí lo dice por eso, pero se lo agradezco de todos modos.
—¿Trabaja usted, Kate?
—Sí.
—¿Dónde?
En una farmacia.
—Si me dice dónde está, me pasaré por allí cuando me duela la cabeza.
Kate le dijo la calle y el número.
No pudieron hablar más, porque ya estaban frente a la clínica Bienvenidos al mundo. —¿Tiene usted teléfono en casa, Kate? —preguntó Rex.
—Sí, claro —respondió la joven.
—Deme el número, y la llamaré un día de éstos, para llevarla a conocer a Lorry Claxton. Kate Landon se lo dio, y ya no se entretuvo más, porque tenía unas ganas locas de conocer a su primer sobrino, y seguramente ya estaría en el mundo, así que salió rápidamente del coche "del detective y entró a toda prisa en la clínica.

CAPÍTULO IV

—Qué bien hueles, primor... —dijo el tipo que se cubría el rostro con un antifaz negro, besando los hombros y el cuello de Lorry Claxton, mientras su mano, cuyos dedos seguían enroscados en el vello del pubis, descendía aún más, en busca del sexo femenino. La modelo,

instintivamente, apretó los muslos con fuerza, para proteger su intimidad, y eso enfureció al individuo, que de un empujón la tiró sobre la cama.

—Quiero facilidades, muñeca. Las mismas que le das a ese hijo de perra de Rex O'Malley —masculló.

Lorry temblaba sobre la cama, encogida, pero no habló.

El tipo se puso la navaja entre los dientes y empezó a desvestirse con rapidez. Chaquetón de cuero, jersey, camiseta, zapatos, pantalón... Sólo conservó el slip, que abultaba mucho, a causa de su excitación, y los calcetines.

Y el antifaz, por supuesto.

Era un hombre alto y musculoso, con abundante vello negro por todo el cuerpo. Se acercó a la cama, con la navaja de nuevo en la diestra, y ordenó:

—Quítamelo tú, Lorry.

—¿El qué? —preguntó la aterrorizada modelo.

—El slip.

Lorry respingó nerviosamente.

—No, eso no...

—Te gustará lo que hay debajo, ya verás —sonrió desagradablemente el tipo.

—No...

El individuo la abofeteó con la mano izquierda, tan duramente como en la cocina, y luego la agarró por el cabello, obligándola a erguir el torso. Le acercó la punta de la navaja a la garganta y masculló:

—Tienes tres segundos para hacer lo que te he dicho, monada. Obedece o sentirás resbalar tu propia sangre por el pecho.

Lorry Claxton no tuvo más remedio que obedecer, y tiró del slip del hombre hacia abajo, dejando sus atributos masculinos al aire, bien dispuestos para lo que se avecinaba.

El tipo volvió a sonreír.

—Te gusta, ¿verdad?

Lorry no respondió.

El individuo, que seguía agarrándole el cabello y amenazándola con la navaja, ordenó:

—Practica con él.

—¿Qué?

—Sabes muy bien a lo que me refiero, no te hagas la tonta.

—No... —se negó Lorry.

El sujeto pinchó con la navaja y produjo una leve herida en el suave cuello femenino, de la que brotó la sangre instantáneamente, resbalando hacia los trémulos senos de la modelo.

Lorry Claxton, muerta de pánico, volvió a ceder, complaciendo los sucios deseos del hombre que la tenía a su merced.

—No está mal, pero sé que puedes hacerlo mejor —dijo el desconocido, que gozaba una barbaridad sometiendo a la modelo.

Y aún la humilló más.

Mucho más.

El asco de Lorry Claxton era cada vez mayor, pero no podía negarse a nada, porque la navaja pinchaba en seguida su carne y le causaba una nueva herida en el cuello.

Cuando el canalla obtuvo de ella todo lo que quiso, la tumbó en la cama, le separó las piernas con brusquedad, y se le echó encima como un animal. La penetró de una sola embestida, causándole un profundo dolor.

Lorry lanzó un grito, que apenas llegó a salir de su boca, porque el hombre se la cubrió con su mano izquierda, acercando al mismo tiempo el filo de su navaja a su garganta.

—Silencio, nena. Otro grito más, y te secciono la yugular de un solo tajo.

Lorry no volvió a gritar, aunque sufrió mucho con los salvajes embates del tipo, que se volvieron aún más profundos y dolorosos en los instantes finales del acto.

La modelo respiró aliviada cuando el hombre se vació dentro de ella, porque pensó que ya había acabado su tormento.

Pero se equivocó.

El verdadero tormento llegó poco después de que el tipo del antifaz hubiera satisfecho su deseo, porque, habiendo gozado ya del maravilloso cuerpo de Lorry Claxton, no tenía ningún interés por conservarlo hermoso y seductor, y empezó a destruirlo con su navaja, que se hundió una y otra vez en la carne, haciendo brotar la sangre por múltiples puntos, mientras la desgraciada se retorció de dolor.

Lorry no podía gritar, porque el asesino le apretaba la boca con su mano izquierda, y tampoco podía hacer nada por evitar los brutales navajazos, porque su fuerza era infinitamente menor que la del tipo.

Hombros...

Pechos...

Costados...

Vientre...

Muslos...

En todos esos sitios se hundió la navaja, cuya hoja chorreaba sangre, roja y caliente.

La vida se le escapaba a Lorry Claxton, y su asesino lo sabía.

Por eso detuvo su brazo diestro.

Antes de que la famosa modelo expirara, tenía que hacer una última cosa con su cuerpo.

Y lo hizo.

Lorry Claxton, que apenas tenía fuerzas para gritar y para mover sus miembros, a causa de la gran cantidad de sangre que había perdido, lanzó un alarido desgarrador y encogió brazos y piernas, como si de pronto hubiese recuperado toda la energía perdida.

Poco después, la modelo fallecía.

La monstruosidad cometida por su asesino precipitó su final.

CAPÍTULO V

Faltaban todavía unos minutos para las ocho, cuando Chad Roth, el detective que se pusiera repentinamente enfermo la tarde anterior, hacía acto de presencia en la comisaría.

—Buenos días a todos —saludó, despojándose de la gabardina y colgándola del perchero.

—¡Eh!, si es Chad —exclamó Harold Martin, uno de los detectives que, como Rex O'Malley, había estado de servicio aquella noche.

—Creíais que no me volveríais a ver, ¿eh, bribones? —sonrió Chad, un tipo alto y corpulento, de facciones rudas y pelo negro, que contaba treinta años de edad.

—Vivo, no, desde luego. Tanto es así que ya estábamos preparando cinco pavos cada uno para una buena corona de flores. Y hasta teníamos pensado lo que debía decir en la cinta: «Tus compañeros no te olvidan, pero tampoco te echan de menos.»

Chad rió.

—Lo siento por vosotros, muchachos, pero vais a tener que soportarme muchos años, todavía.

—Resignación, compañeros —suspiró Harold Martin, que sólo tenía veinticinco años y era pelirrojo, alto y espigado.

—¿Qué diablos te pasó, Chad? —preguntó Rex O'Malley, poniéndose en pie.

—Fue cosa del estómago. Debí sentarme mal el almuerzo, y tuve unos vómitos terribles.

—¿Te sientes ya bien?

—Algo pachucho, todavía, pero puedo prestar servicio.

—El teniente Donovan se alegrará de saberlo.

—Te tocó a ti la china, ¿no? —carraspeó Chad.

—Sí, el jefe me eligió para sustituirte —asintió Rex.

—Lo siento.

—No tiene importancia.

—¿Te estropeé algún plan?

—A medias.

—No seas embustero, Rex —terció el pelirrojo Harold—. Te lo estropeó del todo, porque tenías que cenar con esa famosa modelo, y no pudiste ir.

Chad Roth puso cara de circunstancias.

—Oh, Rex, cuánto lo lamento....

Rex O'Malley palmeó la ancha espalda de su compañero.

—Olvídalo, Chad., Es cierto que no pude cenar con Lorry Claxton, pero nada ni nadie impedirá que desayune con ella —dijo, sonriente.

—¿Y luego...? —preguntó Harold, con maliciosa sonrisa.

—Lo que Lorry y yo hagamos después, o antes, no te importa, pelirrojo.

Harold rió.

—Eres un tipo con suerte, Rex.

—No puedo quejarme —sonrió O'Malley, poniéndose la trinchera.

—Hablando de suerte, Rex... ¿Tuviste algún accidente anoche, con el coche? —preguntó Chad.

—Sí, lo tuve. ¿Cómo lo sabes?

—Aparqué mi coche junto al tuyo, y vi los desperfectos que tiene en la parte de atrás.

—Me embistió otro coche. Lo conducía una chica. Joven, morena, bonita... Por eso, en vez de darle un puñetazo, le di un beso. Y apuesto a que no será el último, pues me dio su número de teléfono y me dijo dónde trabaja.

—Cuando yo digo que eres un tipo con suerte... —rezongó el pelirrojo Harold.

Rex se centró el nudo de la corbata, con presuntuoso gesto.

—Atractivo que es uno, Harold.

—Yo soy más guapo que tú, y no me como una rosca.

—Los pelirrojos no gustan demasiado a las mujeres. ¿No es cierto, Chad?

—Los prefieren morenos, como nosotros.

—¡ Eh!, tú no presumas, Chad, que aún ligas menos que yo —exclamó Harold.

—Eso lo dirás tú, mequetrefe.

Harold saltó de su silla, rodeó la mesa, y se colocó frente al corpulento Chad, a sólo un palmo de él, con los puños apretados, como si fuera a sacudirle.

—¿Cómo me has llamado?

Chad hinchó su caja torácica y repitió:

—Mequetrefe.

—Gracias, no lo había oído bien —dijo nerviosamente el pelirrojo, y volvió a sentarse en su silla.

Rex y Chad rieron la broma de Harold.

En aquel instante se abrió la puerta del despacho de Marcus Donovan, y éste se dejó ver. Era un tipo de estatura corriente, pero muy fornido y de rostro severo. Había cumplido recientemente los cuarenta años.

—¿A qué vienen tantas risas, de buena mañana? —gruñó, después de

quitarse el cigarro barato que llevaba entre los dientes.

Rex, Chad y Harold enmudecieron en el acto.

—Buenos días, teniente Donovan —saludó Chad Roth.

—Hombre, ya apareció el muerto.

Chad carraspeó.

—No estaba muerto, teniente. Sólo enfermo.

—Harold aseguraba que no saldrías de ésta.

—Porque me tiene manía.

—Yo también te la voy a tomar, como vuelvas a ponerte enfermo cuando más necesitado estoy de hombres.

—Me sentaron mal los macarrones.

—¿Cuántos platos te cepillaste?

Chad tosió.

—Sólo tres.

—¿Sólo...? —repitió Donovan, sarcástico.

—Estaban tan ricos, teniente...

Rex y Harold no pudieron contener la risa.

El teniente Donovan no quería reír, porque sabía que eso le restaba autoridad, pero tampoco él pudo aguantarse.

—Maldito tragón. Morirás de un atracón, estoy seguro. De macarrones, de ostras, de cangrejos, o de lo que sea, pero morirás de un atracón.

Las risas, en la comisaría, sonaron con más fuerza tras las palabras de Marcus Donovan

* * *

Un rato después, Rex O'Malley estacionaba su «Ford» en la Quinta Avenida, frente al apartamento de Lorry Claxton.

El detective salió rápidamente del coche y penetró en el edificio. Tomó el ascensor y pulsó el botón correspondiente.

Segundos más tarde, se hallaba frente a la puerta del apartamento de la modelo.

Rex se disponía a apretar el timbre, cuando descubrió que la puerta, aunque parecía cerrada, no lo estaba.

Extrañado, la empujó suavemente y penetró en el apartamento.

Lo primero que llamó su atención, fue la nota que había junto a la zambomba que él le regalara a Lorry la noche anterior, y que seguía sobre el sillón, tal como la dejara la modelo.

En principio, Rex pensó que Lorry había tenido que salir muy temprano, y que por eso había dejado abierta la puerta de su apartamento, y aquella nota junto a la zambomba.

El detective cerró la puerta, se acercó al sillón, y tomó la nota, que decía escuetamente:

Así.

Todo en mayúsculas.

Deliberadamente desiguales y torpes.

Un ramalazo de frío estremeció el cuerpo de rex O'Malley, quien adivinaba que a Lorry Claxton le había sucedido algo.

Y algo terrible.

Sin perder un segundo más, corrió hacia el dormitorio de la modelo, que tantas veces él compartiera con ella.

La puerta estaba cerrada.

Rex la abrió de golpe y penetró en el dormitorio.

Al descubrir a Lorry, desnuda y bañada en sangre, sobre la cama, con infinidad de heridas en el cuerpo, y «aquello» metido en sus entrañas, hasta lo más hondo, el corazón dejó de latir en su pecho por unos segundos.

—Oh, Dios, no... —pronunció, con voz ahogada de horror.

Pasaron varios minutos antes de que Rex O'Malley consiguiera reaccionar.

La impresión había sido demasiado brutal.

Demasiado atroz.

Demasiado espantosa...

Rex no podía apartar sus dilatados ojos del cuerpo desnudo y ensangrentado de Lorry Claxton, materialmente cosido a navajazos, horriblemente destrozado.

Pero lo más horrible de todo era lo que el asesino había hecho con su zambomba.

El instrumento descansaba sobre la cama, entre los muslos separados de la modelo, y el carrizo desaparecía totalmente en su sexo, profundamente hundido en su conducto vaginal, desgarrándole las entrañas.

Rex O'Malley trataba de razonar, pero no podía.

No comprendía nada.

Aquello no tenía explicación para él.

Tenía que ser obra de un loco.

De un sádico sexual.

Para asesinar a una muchacha de sólo veintitrés años, bella, dulce y cariñosa, de un modo tan estremecedor, había que tener un motivo muy poderoso, y Rex O'Malley estaba seguro de que Lorry Claxton no había hecho nada en su vida que mereciera tan horrible castigo.

Era incapaz de hacer daño a nadie.

Rex se fijó en la expresión de su rostro, que helaba la sangre, porque la mueca de sufrimiento era espantosa; en sus manos, horriblemente

crispadas; en sus piernas, estremecedoramente agarrotadas... El detective adivinó que ésa fue la reacción de la infortunada modelo cuando su asesino, cansado ya de acuchillarle todo el cuerpo, tomó su zambomba y le clavó el carrizo en el conducto vaginal, desgarrando despiadadamente todo lo que encontraba a su paso. Rex O'Malley cerró los ojos al imaginarse la escena, la terrible sacudida de dolor que obligó a Lorry Claxton a crisar y encoger sus miembros, y a expirar así, entre los más I espantosos sufrimientos. Sin abrir los ojos, que notaba húmedos, el detective giró sobre sí mismo, lentamente, y salió del dormitorio. Mientras avanzaba como un autómatas hacia el teléfono del living, para dar cuenta del monstruoso asesinato al teniente Donovan, Rex O'Malley se juró a sí mismo que no descansaría hasta encontrar al autor de aquella atrocidad sin límites, y, loco o cuerdo, el tipo sufriría el peso de su cólera. Como se llamaba Rex O'Malley que lo sufriría, aunque luego él tuviese que renunciar a su placa. No le importaba. Sólo le importaba vengar la muerte de Lorry Claxton.

CAPÍTULO VI

El teniente Donovan se personaba a los pocos minutos en el apartamento de Lorry Claxton, acompañado de Chad Roth y otros hombres, entre los que se encontraban el médico forense, el fotógrafo y técnicos del laboratorio.

A todos, pese a su experiencia, les impresionó terriblemente el horrendo espectáculo. Marcus Donovan, muy pálido, se acercó a Rex O'Malley, que se encontraba en el living, sentado en el sofá. El detective no había vuelto a entrar en el dormitorio de la modelo. —Espantoso, Rex —murmuró, sentándose a su lado.

—Sí —asintió el joven, gravemente.

—¿Qué significado puede tener lo de la zambomba?

—No lo sé. Aquélla —Rex señaló la que descansaba sobre el sillón— se la compré yo anoche a Lorry.

—¿Para qué?

—Se me ocurrió de pronto, al pasar por delante de un puesto donde vendían. Pensé que eso la alegraría, y no se molestaría tanto conmigo cuando le dijese que no podía quedarme a cenar. De hecho, sucedió así —explicó Rex.

—El asesino traía otra consigo, más grande... ¿Casualidad?

—Es posible.

Donovan movió la cabeza.

—Yo no creo en las casualidades, Rex, tú lo sabes.

—No sé qué pensar, teniente. Puede que el asesino trajera una zambomba porque me viera a mí subir al apartamento de Lorry con una, o puede que sencillamente le guste tocar la zambomba, y por eso la llevaba. Fuera como fuere, la utilizó para martirizar a Lorry. No le bastó con darle una serie de cuchilladas. Tenía que desgarrar su intimidad con el carrizo, el muy hijo de...

Donovan puso la mano sobre el hombro del detective y se lo oprimió.

—Cálmate, Rex.

—No, teniente. No me calmaré hasta que descubra al sádico que destrozó a Lorry Claxton, y le haga pagar por lo que hizo.

—Lo encontraremos, no te preocupes. Ahora vete a casa y descansa.

—No podré.

—Llevas toda la noche sin dormir, Rex.

—No tengo sueño.

—Hazme caso, muchacho. Comprendo que quieras encargarte personalmente de la investigación, y yo no me opongo a ello. Pero tienes que iniciarla fresco, tranquilo y despejado, si quieres que tu labor resulte todo lo positiva que debe ser. Duerme unas horas y luego hablaremos con calma de todo lo sucedido. Para entonces tendré ya los informes del forense y del laboratorio, y podremos hablar con mayor conocimiento de causa.

Rex, comprendiendo que su superior tenía razón, asintió levemente con la cabeza y se levantó del sofá.

—De acuerdo, teniente. A las tres en punto estaré en la comisaría.

—Muy bien.

Rex O'Malley se encaminó hacia la puerta.

Estaba a punto de alcanzarla, cuando oyó que le llamaban:

—Rex...

El detective se volvió, descubriendo a Chad Roth, que ya se acercaba a él.

—Lo siento mucho, Rex —dijo, visiblemente afligido.

—Gracias, Chad.

—Me siento un poco culpable de lo sucedido, ¿sabes?

—No digas tonterías.

—Si yo me hubiese conformado con un plato de aquellos deliciosos macarrones, no me habrían sentado mal, tú no hubieras tenido que sustituirme, y el asesino no hubiera podido cometer este crimen tan espantoso, porque tú hubieras estado con Lorry Claxton.

—Lo hubiera intentado otra noche.

—Tal vez, pero...

Rex apretó el brazo de su compañero.

—No te mortifiques, Chad. Tú no eres culpable de nada. El único culpable es el asesino, y más pronto o más tarde pagará por ello.

—Llevarás tú la investigación, ¿verdad?

—Sí.

—Le pediré al teniente Donovan que me ponga a tus órdenes, Rex. Quiero ayudarte a descubrir a ese hijo de perra.

Rex O'Malley sonrió ligeramente.

—Gracias, Chad —dijo, y abandonó el apartamento de la malograda modelo.

* * *

Tal y como había anunciado a su superior, Rex O'Malley estaba a las tres en punto en la comisaría, y tras cambiar un saludo con Chad Roth, fue directamente al despacho del teniente Donovan, al que encontró sentado al otro lado de su mesa, con unas hojas en las manos y un cigarro en la boca.

—Teniente Donovan... —saludó.

—Hola, Rex. ¿Te sientes mejor esta tarde?

—Un poco, sí.

—Me alegro. Siéntate, muchacho.

—Gracias.

Rex ocupó la silla que había frente a la mesa de su superior.

—¿Son los informes del forense y del laboratorio? —preguntó, señalando las hojas que tenía Donovan en las manos.

—Sí, me los trajeron hace unos minutos.

—¿Y... ?

—Lorry Claxton fue asesinada entre las once y las doce. Previamente, el tipo la violó. Había esperma masculino en su destrozada vagina.

El rostro del detective se congestionó.

—Canalla...

—Al parecer, el asesino la convenció amenazándola de muerte con su arma, una navaja, y propinándole algunas bofetadas. No le ató las manos ni le cubrió la boca, pues no hay señales de ligaduras ni de cinta adhesiva en sus muñecas ni en sus labios. Sospecho que le prometió que no le haría ningún daño si ella se dejaba violar, y Lorry Claxton no ofreció resistencia.

—¿Por qué la mató, entonces?

—Bueno, quizá Lorry no ofreció resistencia al principio, pero sí después, y el tipo, enfurecido, le dio de navajazos y luego...

—Lo de la zambomba.

—Sí.

—También es posible que el tipo estuviese dispuesto a acabar con ella desde el principio, y le prometió a Lorry que no le causaría ningún daño si se dejaba violar sólo para que ella se estuviese quieta y él pudiese poseerla más cómodamente y obtener un mayor placer. Consumado el acto, le dio muerte, para que no pudiera contar a nadie lo sucedido.

—Estoy de acuerdo, Rex.

—¿Huellas... ?

—Ninguna.

—¿Pistas?

—Bueno, sabemos que el asesino tiene el pelo negro, porque se han encontrado algunos cabellos sobre la cama, y no son de Lorry Claxton, evidentemente, porque ella tenía el cabello color whisky. También se ha encontrado vello, igualmente negro y fuerte, en la cama pegado al cuerpo de Lorry. Perteneció al asesino, porque el vello púbico de Lorry era del mismo color que su pelo. El tipo debió quitarse toda la ropa, antes de abusar de ella.

—Bien. El asesino es un tipo moreno. ¿Qué más sabemos, teniente? Marcus Donovan suspiró.

—Desgraciadamente, nada más. Y las pistas que tenemos para llegar hasta él son muy débiles. La nota que dejó, y lo que escribió en ella, sirve de bien poco. Es papel corriente, y las letras, todas mayúsculas, parecen escritas por un niño de cuatro años. En cuanto a la zambomba... También es corriente, y en estos días, con la Navidad a la vuelta de la esquina, hay docenas de puestos donde se venden cientos de ellas a diario. De todos modos, habrá que empezar por ahí. Es lo único que tenemos.

—¿Se ha interrogado a los vecinos?

—Sí.

—¿Y... ?

—Nadie vio ni oyó nada.

—Si Lorry no estaba amordazada, debió gritar, cuando el tipo empezó a clavarle su navaja...

—Le cubriría la boca con la otra mano.

—Sí, seguramente.

—Rex...

—¿Sí, teniente?

—Tú mantenías relaciones sexuales con Lorry Claxton, ¿verdad?

—Sí.

—¿Desde hace mucho?

—Bastante. Lorry y yo nos conocimos hace tiempo. Cuando ella todavía no era modelo.

—¿Existía algún compromiso entre vosotros?

—Ninguno. Nos veíamos cada vez que a uno de los dos nos apetecía, charlábamos de nuestras cosas, hacíamos el amor... y hasta otra. Ni la palabra noviazgo, ni la palabra matrimonio salieron jamás de nuestras bocas. Eramos excelentes amigos, sólo eso.

—¿Tenía Lorry otros amigos?

—Por supuesto.

—¿Íntimos, también?

—Eso no lo sé. Si Lorry hacía el amor con otros hombres, nunca me lo dijo.

—Habrá que averiguarlo, Rex. Es muy posible que ése fuera el móvil del crimen.

—¿Qué le hace suponer eso?

—Lo de la zambomba. El asesino no se conformó con asestar una serie de navajazos a Lorry, destrozó su conducto vagina! con el carrizo de su zambomba. Como si deseara y odiara a la vez el sexo de Lorry. Podía estar celoso, porque ella hacía el amor contigo, y en un arrebato de locura, cometió esa monstruosidad.

Rex O'Malley asintió con la cabeza.

—Averiguaré si Lorry Clayton mantenía relaciones sexuales con otros hombres, teniente.

—Las fotos ya están reveladas. ¿Quieres echarles un vistazo?

—No.

—Lo suponía.

Rex se puso en pie.

—Voy a ponerme a trabajar, teniente.

—Chad me rogó que le pusiera a tus órdenes, Rex.

Lo sé —sonrió el detective.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, Chad es un buen elemento. Puede serme de mucha utilidad.

—Llévatelo, pues.

—Le tendré al corriente de todo, teniente Donovan.

—Así lo espero, Rex. Y antes de que inicies la investigación, quiero que me prometas algo.

—¿Qué?

—Que capturarás vivo al asesino.

—Eso no siempre es posible, teniente, y usted lo sabe.

—Tú también sabes por qué lo digo, Rex. Lorry Claxton era amiga tuya, y no tuvo una muerte dulce, precisamente. Eso puede hacerte perder el control de ti mismo cuando tengas al asesino ante ti. Es lo que trato de evitar. No quiero que te ensañes con el tipo, por muy horrendo que sea lo que él hizo con Lorry. Es la ley quien debe castigarle, no tú. Si te tomaras la justicia por tu mano...

—Perdería mi placa.

—Tú lo has dicho. Y yo lo sentiría mucho, porque eres uno de los mejores detectives que tengo a mis órdenes.

Rex esbozó una sonrisa.

— Lo tendré presente, teniente.

—Confío en ello, muchacho. Si no confiara, no te hubiera asignado el caso. Suerte, Rex. —Gracias, teniente —repuso Rex O'Malley, y abandonó el despacho de su superior.

CAPÍTULO VII

Pasaban ya algunos minutos de las nueve, cuando Rex O'Malley detenta su «Ford» frente a la casa de Chad Roth.

En los rostros de ambos detectives se apreciaban claramente las huellas del cansancio, pues no habían parado un solo minuto desde que salieran de la comisaría.

—No hemos adelantado mucho, ¿eh, Rex? —suspiró Chad, desalentado.

—El caso no es precisamente una perita en dulce, Chad, pero no hay que desesperar. Tal vez mañana tengamos más suerte —repuso Rex.

—¿A qué hora pasarás por mí?

—A las ocho treinta. ¿Te parece bien?

Estaré listo. Buenas noches, Rex.

—Hasta mañana, Chad.

Chad Roth salió del coche.

Rex O'Malley lo puso de nuevo en movimiento.

Algunos minutos después, lo estacionaba frente al edificio de apartamentos donde vivía. Apenas salir del coche, se llevó una grata sorpresa.

Kate Landon, la simpática morenita que le embistiera con su auto la noche anterior, le estaba esperando, las manos metidas en los bolsillos de su trenka.

Rex fue hacia ella.

—Kate...

—Hola, Rex —le sonrió suavemente ella.

—¿Qué diablos hace aquí?

—Me he enterado de la muerte de Lorry Claxton, y he venido a decirle que lo siento mucho.

—Gracias, Kate.

—Quedé muy impresionada, por la forma en que murió. —Fue un crimen horrible.

La joven explicó:

—Encontré su nombre en el listín telefónico, Rex, y así averigüé que vive aquí.

—¿Hace mucho que espera, Kate?

—Algo más de una hora.

—Y con este frío... Cuánto lo siento.

—No se preocupe. El frío se va con una copa de coñac. —¿Me permite que se la ofrezca yo?

—Oh, no lo dije para que me invitara usted, Rex.

—Ya sé que no, pero le ruego que acepte.

—De acuerdo —sonrió candorosamente la muchacha.

Rex la tomó del brazo.

Mientras subían a su apartamento, le preguntó:

—¿Llegó usted a tiempo, Kate?

—¿De qué?

—De ver nacer a su sobrino.

—¡Oh, sí! —exclamó la joven, riendo—. Mi cuñada dio a luz a los pocos minutos de haber llegado yo.

—¿Y qué fue, niño o niña?

—Niña. Una niña preciosa.

—Como su tía.

Kate se ruborizó ligeramente.

—Ya empiece usted con sus galanterías.

—¿Le molesta?

—Viniedo de usted, no puede molestarme nada.

—Lo tendré en cuenta —sonrió Rex.

Ya estaban frente a la puerta de su apartamento.

Rex extrajo una llave de su bolsillo y abrió. Después de encender las luces, rogó:

—Pase usted, Kate.

La joven entró en el apartamento, no muy amplio, pero modernamente amueblado y bastante ordenado.

Rex cerró la puerta y se despojó de la trinchera, la cual colgó de la percha.

—Déme su trenka, Kate.

La muchacha se la quitó y se la entregó.

Rex la colgó también en la percha.

—Venga, nos sentaremos en el living —dijo, tomando nuevamente a la joven del brazo—. Tengo una placa solar que calienta por cuatro.

—Entre eso, y el coñac, adiós frío —sonrió Kate.

—Seguro.

Mientras Rex O'Malley conectaba la placa solar, Kate Landon se sentó en el diván.

—En seguida le sirvo el coñac, Kate.

—No se preocupe.

—¿Lo prefiere doble?

—¿Quiere emborracharme?

—Sencillo, entonces.

—Mejor será, sí.

Rex se acercó al mueble de las bebidas y escanció coñac en un par de copas. Fue con ellas hacia el diván.

—Aquí tiene, Kate.

—Gracias.

Rex se sentó también en el diván.

Después de que ambos tomaran un sorbo de licor, el detective preguntó:

—¿Se le pasó el dolor del pecho, Kate?

—No del todo —respondió la muchacha, oprimiéndose las costillas con su mano izquierda.

—¿Se dio las friegas de alcohol?

—Sí, pero me temo que yo no tengo muy buena mano para eso.

—A mí se me da bastante bien.

Kate volvió a ruborizarse.

—¿Está sugiriendo que...?

—¿Le importa?

—No, pero...

—Voy por el frasco de alcohol.

—¡Rex!

—¿Sí, Kate... ?

La joven, tras unos segundos de vacilación, murmuró: —No, nada.

Rex sonrió.

—Vuelvo en seguida.

Kate, muy nerviosa, se atizó un buen trago de coñac, vaciando casi la copa.

Rex regresó con el franco de alcohol.

—Tiéndase en el diván, Kate.

—¿Boca abajo?

—¿También le duele el trasero?

—¡Oh, no!

—Entonces, boca arriba.

Kate Landon dejó su copa sobre la mesa y se tendió en el diván.

Rex O'Malley se arrodilló en el suelo y subió el jersey de la muchacha, dejando al descubierto la suave y morena piel de su estómago.

Kate le cogió la mano.

—No lo suba más, Rex.

—¿Por qué?

—No llevo sujetador...

El detective sonrió.

—Tranquila, Kate. No voy a aprovecharme de la situación.

—Ya sé que no, pero me da vergüenza.

—Imagínese que soy su médico.

—Imposible. Mi médico es bajo, grueso, medio calvo, y tiene cara de mona.

La respuesta de la joven hizo reír a Rex.

—¿Y si cierra los ojos...? —sugirió.

No creo que eso me quitara la vergüenza.

—Bueno, no subiremos más el jersey.

—Gracias.

Rex abrió el frasco de alcohol y se echó un poco en la palma de la mano.

—¿Dónde le duele, exactamente? —preguntó.

—Aquí —Kate se rozó con las yemas de los dedos la zona afectada por el golpe que se diera contra el volante.

Rex se la frotó con suavidad, procurando que las puntas de sus dedos no tocasen los senos de la joven por debajo del jersey aunque en algún momento resultó inevitable, porque la zona que friccionaba estaba muy próxima a ellos.

—Lo siento —dijo, la primera vez que eso sucedió.

—No tiene importancia —repuso Kate, cuyo rubor se había acentuado. Rex, poco a poco, le fue frotando la zona dolorida con más vigor, no exento de delicadeza.

—Es conveniente —explicó.

—Sí, lo sé —respondió Kate, con una leve sonrisa.

—¿Nota algún alivio?

—Sí, mucho.

—Ya le dije que a mí se me da bien esto de las friegas —sonrió el detective.

—Tengo que reconocerlo.

Algunos segundos después, y tras otro involuntario toque de senos, Rex O'Malley retiraba su mano del pecho de la joven y le bajaba el jersey.

—Puede incorporarse, Kate.

Kate Landon irguió el torso y bajó las piernas del diván.

—Le estoy muy agradecida, Rex.

—Ha sido un placer, de veras.

—Bien, creo que debo marcharme ya.

—¿Tan pronto...?

—Ya me he bebido el coñac. Además, sospecho que usted querrá estar solo, después de...

—Se equivoca, Kate. Si alguna noche de mi vida he necesitado compañía, es ésta. Por eso me alegré tanto de verla abajo, cuando llegué. Si me deja solo, pensaré en Lorry Claxton, en su espantoso final, y eso me hará sufrir mucho.

—Comprendo.

—Quédese conmigo, Kate.

—¿Toda la noche?

—Sí.

Rex...

No pasará nada que usted no desee que pase, Kate.

—¿Seguro?

—Se lo prometo.

Kate Landon alzó su mano y acarició la curtida mejilla del detective.

Me quedo, Rex.

—Gracias, Kate —repuso Rex O'Malley, tomando la mano femenina y

besándola suavemente.

CAPÍTULO VIII

Arlene Flavin, veinticuatro años de edad, rubia, de rostro muy *sexy* y cuerpo de pronunciadas curvas, se encontraba en su casa aquella noche, porque era su día libre.

Arlene trabajaba de camarera en un club nocturno, por donde deambulaba muy ligera de ropa, como las otras empleadas, para que los clientes pudieran alegrar su vista y lanzarles algún que otro pellizco a la grupa.

Aquella noche, la grupa de Arlene descansaría.

También su sexo.

Sí, porque rara era la noche que Arlene Flavin no recibía alguna proposición por parte de algún cliente, para cuando terminase su trabajo en el club, y ella solía rechazar muy pocas.

Generalmente, el cliente pagaba lo que Arlene pedía por meterse en una cama con él, y la camarera obtenía más ingresos fuera del club que en él.

Arlene había cenado ya, y ahora estaba viendo la televisión, recostada en el sofá del living, envuelta en una bata acolchada, de color amarillo vivo.

Precisamente por ese medio de comunicación, la televisión, Arlene se había enterado de la muerte de Lorry Claxton, la famosa modelo de alta costura.

Arlene, como todo el mundo, había quedado profundamente impresionada por la forma en que el asesino se había ensañado con su víctima.

Lo de la zambomba, especialmente, había hecho que a la camarera se le erizase el vello de todo el cuerpo, y sintiese una extraña sensación ahí donde la infortunada modelo sufriera la monstruosidad.

Cuando apagó el televisor, Arlene Flavin seguía pensando en Lorry Claxton y en su espantosa muerte, y no dejaba de preguntarse cómo hubiera reaccionado ella de hallarse en el lugar de la cotizada modelo. Lejos estaba la atractiva camarera de sospechar que muy pronto iba a tener ocasión de saber cómo reaccionaría en un caso así, pues había sido elegida por el asesino para llevar a cabo su segundo crimen.

Sucedió mientras se hallaba en el cuarto de baño, cepillándose los dientes.

«¡Roc! ¡Roc, roc, roc! ¡Roc, roc, roc!», empezó a oír de pronto, a través de la delgada puerta del baño, que ella había cerrado al entrar.

Arlene Flavin interrumpió el lavado de dientes instantáneamente y estiró las orejas.

«¡Roc! ¡Roc, roc, roc! ¡Roc, roc, roc!», seguía oyendo.

Arlene trató de asociar aquel ronco y rítmico sonido con algo, pero, por el momento, no lo consiguió.

Nerviosa, porque estaba segura de que ese extraño ruido sonaba dentro de su casa, la camarera se enjuagó rápidamente la boca, se secó los labios y las manos con la toalla, y salió del cuarto de baño.

En aquel preciso instante, el ronco sonido cesó.

Arlene cruzó su dormitorio y salió de él, dispuesta a averiguar qué diablos sucedía.

Y lo averiguó.

Apenas cruzar la puerta del dormitorio.

Un profundo estremecimiento recorrió su cuerpo al descubrir que, sobre el sofá, había una zambomba, bastante grandecita.

Fue suficiente para que Arlene Flavin asociara no sólo el ronco y rítmico «¡roc, roc, roc! ¡roc, roc, roc!» de antes con la zambomba, sino ésta con el asesino de Lorry Claxton. Lógico, pues, que se quedara parada.

Fría.

Helada...

Le entraron ganas de gritar, de pedir socorro a pleno pulmón, mientras corría hacia la puerta, pero no se atrevió a abrir la boca ni a mover las piernas.

Si la zambomba estaba allí, el asesino también, y el tipo daría buena cuenta de ella, mucho antes de que pudiera alcanzar la puerta.

Que Arlene Flavin estaba en lo cierto, se demostró en seguida, pues alguien la rodeó de pronto, por detrás, sujetándole los brazos con fuerza y acercándole el destellante filo de una larga navaja de resorte a la garganta.

A la camarera se le escapó un gemido de terror, al tiempo que todo su cuerpo se convertía en un puro temblor. Estaba a punto de desmayarse, cuando oyó la recia voz del asesino:

—No grites, Arlene. No grites o te rebano la nuez.

—No me rebane nada, por favor —rogó trémulamente la camarera, sintiendo que las piernas se le doblaban.

—Sabes quién soy, ¿verdad?

—Sí, el asesino de Lorry Claxton, la modelo de alta costura.

—Exacto.

—Lo supe en cuanto vi la zambomba.

—¿Te gusta?

—¿Lo qué?

—La zambomba.

—Oh, sí, es preciosa.

Lorry Claxton no sabía tocarla.

—¿La mató por eso?

No. Yo estaba dispuesto a enseñarla, y ella a aprender.

—¿Por qué la mató, entonces?

—Le hice el amor, pero ella no se esforzó lo más mínimo para que yo sintiera un mayor placer, y eso me enfureció, porque la muy perra sí se esforzaba cuando tenía entre sus piernas a ese cerdo de Rex O'Malley.

—¿Se refiere al detective que descubrió el cadáver de Lorry Claxton?

—Sí.

—¿Eran amantes?

—Sí.

—Entonces, ya está claro.

—¿Qué es lo que está claro?

—Que la mató usted por celos.

El asesino desgranó una risita.

—Te equivocas, preciosa. Yo no estaba enamorado de Lorry Claxton, pero me gusta que, cuando monto a una mujer, ella se comporte como tal, no como una niña caprichosa y estúpida, que sólo mueve las caderas cuando es un determinado macho el que la cabalga.

—Yo moveré las mías, no se preocupe.

—¿Quieres decir que no ofrecerás resistencia?

—Ninguna.

—¿No te importa que te viole un desconocido?

—En absoluto. Yo lo que quiero es seguir con vida, y si usted me promete que no me matará después de haberme poseído, yo haré cuanto esté en mi mano, y en otros sitios, para que usted goce de veras. Tengo mucha experiencia en la cama, ¿sabe?

El asesino desgranó otra risita.

—Sí, claro que lo sé, rubia. ¿Por qué crees que te elegí?

—No le defraudaré, puede estar seguro.

—Más te valdrá, porque ya sabes que tu vida depende de ello —recordó el tipo.

—¿Me desnudo ya?

—Yo lo haré, si no te importa.

—Por supuesto que no —sonrió Arlene Flavin, esforzándose por aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, porque se sabía en manos de un perturbado mental, del que sólo podía salir bien librada si le seguía la corriente en todo y lograba disimular el pánico que aquella situación le producía.

La mano izquierda del tipo descendió hasta el cinturón de la bata y lo soltó, abriendo la prenda de par en par, que poco después caía al suelo, dejando a la camarera en camisón. Negro.

Breve.

Insinuante...

Antes de despojarla también de él, el asesino deslizó su velluda mano por debajo de la prenda y acarició los pechos de la camarera, grandes,

altivos y duros, sus amplias caderas, sus levantadas nalgas, redondas y macizas, sus prietos muslos...

Bajo el camisón, Arlene Flavin llevaba una exigua braguita, que hacía juego con él.

El asesino la hizo caer, aun antes de quitarle el camisón, y sus dedos buscaron la intimidad de la mujer, complaciéndole que ella no apretara los muslos.

Arlene se dejó acariciar íntimamente, y aunque no sentía ningún placer, porque el terror no se lo permitía, emitió un par de gemidos de gozo, para que el individuo pensara que todo iba bien.

El asesino, cuya navaja seguía muy cerca de la garganta de la camarera, la despojó súbitamente del camisón y, tras darle un segundo repaso a todo, siempre con su mano izquierda, dijo algo que sorprendió a Arlene Flavin.

—Camina hacia el sofá y toma la zambomba.

—¿Para qué?

—Quiero que la toques.

—No sé si sabré...

—Es muy fácil, ya verás.

—De acuerdo, lo intentaré.

Arlene Flavin avanzó hacia el sofá, siempre con la amenaza de la navaja en su garganta.

Tomó la zambomba.

Fue entonces cuando el asesino la soltó y retiró su arma del cuello de la camarera, indicando:

—Puedes volverte, encanto.

Arlene se dio la vuelta, lentamente, y observó al asesino de Lorry Claxton, que vestía como la noche anterior, y también, como entonces, ocultaba su rostro bajo un ancho antifaz negro.

El tipo la miró a su vez, de pies a cabeza, con aquellos ojos grises y fríos, que despidieron un significativo destello cuando se posaron en el abundante vello rubio que cubría el pubis de la mujer.

—Estás tremenda, Arlene —dijo, rozándole el liso vientre con la punta de su navaja, lo cual produjo un estremecimiento en la camarera.

—Gracias —repuso ella, forzando una sonrisa—. Usted tampoco está nada mal. Es alto, robusto, musculoso...

—Toca la zambomba —indicó el asesino, manteniendo su navaja próxima al vientre femenino.

Arlene obedeció.

Lo hizo con mejor estilo que Lorry Claxton, y como no olvidó escupirse en la mano antes de frotar el carrizo, la zambomba no sonó del todo mal.

—¿Qué tal lo hago? —preguntó.

—Bien, bien —sonrió el violador, mirando los túrgidos senos de la

camarera, que daban unos saltitos sumamente excitantes—. Canta un villancico. Pero sin alzar demasiado la voz, ¿eh? —advirtió, rozándola de nuevo con la punta de su navaja.

—Me parece que no sé ninguno... —repuso ella.

—Invéntate uno, pues. Quiero oírte cantar.

Arlene Flavin no tuvo más remedio que entonar un villancico, cuya letra inventó sobre la marcha.

Aunque lo hacía con gesto risueño, sentía deseos de llorar, porque pensaba en la imagen tan ridícula que debía dar, tocando la zambomba completamente desnuda...

—Bravo, sigue, sigue —rió el asesino, que se puso la navaja entre los dientes y empezó a quitarse la ropa.

Arlene continuó dándole a la zambomba hasta que el individuo quedó tan desnudo como ella, exhibiendo orgulloso su potente masculinidad.

—Es suficiente, preciosa —dijo, quitándole la zambomba de las manos y arrojándola sobre un sillón—. Ahora quiero que me toques a mí.

Arlene Flavin no se hizo repetir la orden.

A ella lo mismo le daba tocar la zambomba que lo «otro», así que se apresuró a complacer al asesino lo más satisfactoriamente posible.

El tipo, algunos segundos después, la obligó a sentarse en el sofá y le agarró la cabeza con ambas manos, acercándola a la parte media de su cuerpo.

Arlene, que estaba de vuelta de todo, no tuvo inconveniente en complacerle también en aquello.

Cuando el asesino lo consideró oportuno, tumbó a la camarera en el sofá y se colocó entre sus piernas, penetrándola sin más preámbulos y con cierta brutalidad.

Arlene, consciente de que su vida estaba en juego, no emitió el más leve quejido, y cuando el tipo empezó a moverse, ella también se movió, tal y como había prometido.

—¡Así, nena, así! —jadeó el asesino, aumentando el ritmo y el vigor de sus embates. Arlene Flavin continuó esforzándose para que su violador gozara al máximo, y se marchara sin hacerle nada.

El tipo gozó una barbaridad, sí, pero no cumplió su palabra.

El había ido allí no sólo a disfrutar con la apetecible camarera, sino a matarla.

A coserla a navajazos.

Y, antes de que la desgraciada expirara, le clavaría el carrizo de su zambomba en el conducto vaginal, para desgarrar sus entrañas.

Y todo eso hizo.

Con demencial furia.

Como si odiara a la infortunada camarera más que a nadie en el mundo.

Arlene Flavin no pudo gritar ni pedir socorro, porque la mano

izquierda del asesino estaba sobre su boca, apretándosela como la más férrea de las mordazas.
Así padeció aquel horrible martirio.
Y así murió...
Como Lorry Claxton.
Ya eran dos las víctimas.
Y, si la policía no lo impedía, habría más, porque el deseo de sexo y de sangre del asesino no estaba ni mucho menos saciado.

CAPÍTULO IX

Chad Roth paseaba por la acera, el cuello de su gabardina subido, las manos en los bolsillos, porque el frío, a aquellas horas de la mañana, apretaba lo suyo.

El corpulento detective extrajo la zurda del bolsillo, pero sólo un instante. Lo justo para mirar su reloj, y en seguida la volvió a ocultar. Eran las nueve menos diez minutos, ya.

Rex O'Malley había quedado en pasar por él a las ocho treinta.

Veinte minutos de retraso, con aquel frío que cortaba el cutis, eran muchos minutos. Chad rezongó algo y siguió paseando por la acera, para que no se le helasen los pies. Incluso daba saltitos, de vez en cuando, como si fuese un bailarín de revista.

Un muchacho que vendía periódicos, al pasar por su lado, dijo:

—Buenos días, Fred Astaire.

—¡Tu padre! —rugió Chad, fulminándolo con la mirada.

El chaval aceleró el paso, para evitar un posible puntapié en las posaderas. Cuando se hubo alejado lo suficiente, el muy zorro, se volvió y exclamó:

—¡Prometo ir a verle la noche de su debut, amigo!

Chad Roth sintió deseos de correr hacia el mocoso y darle un pescozón, pero en aquel momento escuchó un claxon.

El detective se volvió, descubriendo el «Ford» gris de Rex O'Malley.

—Vaya, hombre, ya era hora —masculló, caminando hacia el coche de su compañero. Abrió la puerta y se introdujo en él.

—Son casi las nueve, Rex —dijo, mostrándole su reloj.

—Siento haberme retrasado, Chad, pero es que he tenido que acompañar a Kate a su trabajo —explicó O'Malley.

—¿Kate... ? ¿Quién es Kate?

—Kate Landon. ¿No te hablé de ella ayer?

—Ni media palabra.

—Bueno, a lo mejor es que no mencioné su nombre, pero si te conté que me embistió con su coche la noche pasada.

¡Ah!, se trata de esa joven morena y bonita, a la que le diste un beso, en vez de un puñetazo.

— Exacto —asintió Rex.

Chad entrecerró cómicamente los ojos.

—¿Y qué es eso de que tuviste que acompañarla a su trabajo?

—Anoche, cuando llegué a casa, la chica me estaba esperando, y...

—No me digas más —le cortó Chad, levantando la mano—. Ha pasado la noche en tu apartamento.

—Sí, pero...

—Harold tiene razón, demonio. Las matas con una sola mirada.

Rex rió.

—Kate y yo no hicimos nada, Chad.

—Sólo dormir, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Y esperas que te crea?

—Sí, porque es cierto.

Chad Roth pegó un manotazo al aire.

—Tómale el pelo a tu tía, anda.

—Te juro que no pasó nada, Chad —insistió Rex O'Malley—. Por no decir mentira, nos dimos un beso, antes de irnos a la cama.

—Y una vez en ella, os disteis la espalda y, ¡hale!, a dormir y soñar con los angelitos, ¿no?

Rex volvió a reír.

—Bueno, es que me he explicado mal. La que se fue a la cama, fue Kate. Yo he dormido en el diván.

—Qué incómodo.

—Chad, Kate Landon es una buena chica.

—También lo era Lorry Claxton, y con ella sí que... Oh, perdona, Rex. No debí mencionar a Lorry Claxton. Soy un maldito bocazas. Aquí está mi mentón. Sacúdeme fuerte, me lo merezco —pidió Chad Roth, levantando la mandíbula.

Rex O'Malley, que se había puesto serio, volvió a sonreír.

—Olvídalo, Chad.

—¿De veras no quieres pegarme?

—Estaría muy feo que, después de haberte hecho esperar casi media hora, con este frío, te diera un puñetazo.

—Bueno, al menos entraríamos en calor —bromeó Chad.

—No digas tonterías.

—De acuerdo, asunto olvidado. ¿Por dónde empezamos hoy, Rex?

—En primer lugar, vamos a ir a...

Rex O'Malley no pudo acabar la frase, porque en aquel momento la radio se puso a zumbear.

Debe ser el jefe, Rex —dijo Chad Roth.

—Contesta tú, Chad.

Este tomó el micrófono y pulsó un botón.

—Chad Roth al habla.

—Aquí el teniente Donovan.

—Buenos días, teniente. ¿Ocurre algo?

—Por desgracia, ha ocurrido ya —respondió gravemente Marcus Donovan.

Rex O'Malley y Chad Roth cambiaron una mirada.

El primero arrebató el micro a su compañero.

—Al habla Rex O'Malley.

Hola, Rex.

—¿Qué ha sucedido, teniente?

—El tipo de la zambomba ha vuelto a actuar.

Un escalofrío recorrió la espalda de Rex O'Malley.

En tono grave, preguntó:

—¿Quién ha sido la víctima, esta vez?

—Arlene Flavin, una camarera del club Géminis.

—¿Todo... igual?

—Todo. Múltiples navajazos, probable violación, y el carrizo de la zambomba hundido en... Bueno, ya sabes dónde.

Rex O'Malley y Chad Roth volvieron a mirarse.

El teniente Donovan dio la dirección de la víctima a la pareja de detectives e indicó: —Acudid inmediatamente. Yo también salgo para allí. Un instante después, ponía el motor en marcha y el «Ford» partía hacia el lugar del crimen.

Del segundo crimen...

* * *

El teniente Donovan llegó antes a la casa de Arlene Flavin que Rex O'Malley y Chad Roth, acompañado del pelirrojo Harold Martin, del forense, del fotógrafo y del personal del laboratorio.

Había bastante gente frente a ella, porque la vecina que descubriera el cadáver de la camarera del club Géminis parecía disfrutar dando detalles de lo ocurrido a todo el mundo, pese a que el teniente Donovan le había rogado que no hablara con nadie de ello.

—Maldita cotorra... —masculló Marcus Donovan, al ver cómo largaba la señora.

—¿La amordazo, teniente? —sugirió Harold Martin.

—Siento deseos de ordenártelo, sí. Más vale que entremos en la casa cuanto antes. Donovan y sus acompañantes penetraron en ella.

A todos se les encogió el estómago al contemplar el cuerpo desnudo y ensangrentado de Arlene Flavin, destrozado a navajazos, y con el carrizo de la zambomba hundido en el sexo, pero al pelirrojo se le encogió mucho más, porque el teniente y los otros ya tuvieron ocasión el día anterior de contemplar un espectáculo parecido, pero él era la primera vez que veía algo tan horrendo.

Había visto las fotos de Lorry Claxton, desde luego, que también

impresionaban lo suyo... Pero era mucho más estremecedor verlo al natural.

Aquel mar de sangre, sobre el sofá...

La horrible mueca de sufrimiento en el rostro de la víctima...

Sus miembros encogidos y agarrotados...

Y, sobre todo, el carrizo de la zambomba metido allí, en sus entrañas...

Fue demasiado para Harold Martin, que sintió deseos de vomitar.

—Teniente... —musitó, más blanco que la bata de una enfermera.

Marcus Donovan, adivinando lo que iba a suceder, señaló el dormitorio de Arlene Flavin.

—Al cuarto de baño se debe de ir por ahí —indicó.

—Gracias, jefe —repuso el pelirrojo, y corrió hacia allí, los labios fuertemente apretados.

Encima de un sillón, había una nota.

Donovan la tomó.

Decía:

«¡QUE BIEN SE MATA AL RITMO DE
LA ZAMBOMBA!

»EL ASESINO.»

Todo en mayúsculas, como en la nota que dejara en el apartamento de Lorry Claxton. Deliberadamente desiguales y torpes, también.

Marcus Donovan sintió que la cólera lo dominaba, y estrujó la nota, ai tiempo que mascullaba roncamente:

—Maldito hijo de cincuenta padres...

* * *

Rex O'Malley y Chad Roth llegaron a la casa de Arlene Flavin, frente a la cual seguía agrupándose la gente.

La vecina parlanchina que descubriera el cuerpo sin vida de la rubia camarera continuaba dándole a la lengua que era un gusto, y repetía casi las mismas frases una y otra vez:

—¡La mató el mismo tipo que asesinó a Lorry Claxton, la modelo de alta costura! ¡Arlene Flavin tiene por lo menos veinte navajazos en el cuerpo! ¡El asesino la violó, estoy segura, y luego le clavó la caña de la zambomba en el sexo! ¡Un maníaco sexual! ¡Todas las mujeres de Nueva York estamos en peligro!

No le faltaba razón a la buena señora, pero ella no debió incluirse, pues rondaba los cincuenta años de edad, era alta y desgarbada, y tenía una cara de loro que daban ganas de encerrarla en una jaula.

Con un físico así, las posibilidades de que el asesino la eligiera para violarla y luego matarla eran muy remotas, lógicamente.

Rex O'Malley y Chad Roth salieron rápidamente del coche y

penetraron en la casa. Todavía oyeron decir a la cotorra humana:
—¡El asesino toca la zambomba, y luego tortura a sus víctimas con ella! ¡Es un sádico! ¡Un degenerado! ¡Un monstruo!

Rex y Chad se acercaron al teniente Donovan, que seguía estrujando con rabia la nota dejada por el asesino.

—Aquí estamos, teniente —dijo el primero.

—Y Arlene Flavin está ahí, sobre el sofá... —repuso roncamente Marcus Donovan, sin mirar a la camarera.

Rex y Chad sí la miraron.

El fotógrafo le estaba tomando las obligadas fotos, casi tan pálido como la propia víctima.

Rex O'Malley apartó pronto sus ojos del ensangrentado y rígido cuerpo de Arlene Flavin, porque la horrible expresión de su rostro, la crispación de sus manos, y el encogimiento de sus brazos y piernas, le recordaba demasiado a Lorry Claxton, y le hacía revivir el momento en que descubrió a la modelo, sobre su lecho, muerta...

Chad Roth también volvió la cabeza.

En aquel momento apareció Harold Martin, que ya había vaciado el estómago.

—¿Te sientes mejor, Harold? —le preguntó Donovan.

—Sí, teniente —respondió el pelirrojo, el rostro falto de color, todavía

—. Lamento no haber podido vencer las náuseas, pero es que...

—Nunca habías presenciado nada tan horrible, lo sé.

—Debe tratarse de un demente, no hay duda. Ninguna persona cuerda sería capaz de cometer semejante monstruosidad.

Marcus Donovan se volvió hacia Rex O'Malley.

—Rex...

—¿Sí, teniente?

—¿Crees que existía alguna relación entre Lorry Claxton y Arlene Flavin?

—Ninguna, estoy seguro.

—Entonces, hay que descartar la posibilidad de que el asesino matase a Lorry Claxton por celos. La mató porque estaba ansioso de sexo y de sangre. Poco importa que ella se resistiera a que él consumara el acto o no. El asesino fue dispuesto a violarla y matarla después. Y eso hizo. Con el mismo propósito vino aquí. Y sospecho que, tanto en un caso como en otro, eligió su víctima al azar. No amaba ni odiaba a Lorry Claxton y Arlene Flavin. Las mató simplemente porque eran mujeres, jóvenes y atractivas. Si el tipo odia a alguien, es a las mujeres en general. A todas. Quizá alguna de ellas le hizo una faena gorda, y eso le trastornó hasta el punto de desear vengarse de esta manera tan monstruosa de las demás.

—Es muy posible que tenga razón, teniente —repuso Rex.

—Yo también lo creo —opinó Chad.

—Si estoy en lo cierto, esta noche puede ser violada, acuchillada y martirizada otra mujer joven y hermosa, si es que para entonces aún no hemos descubierto a ese loco asesino —añadió Donovan—. Mirad lo que escribió en la nota que dejó.

Rex tomó el papel que le ofrecía su superior y lo desarrugó.

No pudo evitar que se le erizara la piel al leer aquello de: «¡Qué bien se mata a ritmo de zambomba!»

Rex O'Malley también estrujó la nota, y así se la devolvió al teniente Donovan.

—Vámonos Chad. Tenemos que descubrir y atrapar a ese maniaco, cueste lo que cueste —masculló, y él y Chad Roth abandonaron la casa de Arlene Flavin.

CAPÍTULO X

Rex O'Malley y Chad Roth trabajaron sin descanso hasta casi las diez de la noche, pero, lamentablemente, nada pudieron hallar que les sirviera para descubrir la identidad del asesino y poder darle caza.

Ambos detectives deseaban continuar la búsqueda del sádico criminal, pero el teniente Donovan, comprendiendo que se hallaban extenuados, les ordenó que se fuesen a sus casas.

Como la noche anterior, Rex llevó a Chad a su casa.

—¿A qué hora mañana, Rex?

—Reanudaremos la investigación a las ocho.

—¿Con retraso o sin retraso?

Rex sonrió.

—Estás pensando en Kate Landon, ¿eh?

Chad asintió con la cabeza.

—¿Dormiré también en tu apartamento, esta noche?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

Lo siento.

—¿Por qué? Ya te dije que no pasó absolutamente nada.

—Hubiera podido pasar esta noche...

—Estoy demasiado cansado, Chad.

—Sí, yo también —sonrió Roth, abriendo la puerta del coche—. Hasta mañana, Rex. —Que descanses, Chad.

Chad salió del coche y esperó en la acera a que Rex O'Malley se alejara en él.

Rex no se dirigió a su apartamento, sino al de Kate Landon.

Había quedado con la muchacha en que, si podía, pasaría por su casa aquella noche, para charlar un rato, y, aunque eran más de las diez y se hallaba realmente agotado, no pudo resistir la tentación de ir a ver

a Kate.

Deseaba estar con ella, aunque sólo fuesen unos minutos.

Kate también se alegraría.

* * *

Sí.

Kate Landon también deseaba ver de nuevo a Rex O'Malley, pero ya había perdido las esperanzas de que fuese aquella noche.

Eran casi las diez y media.

Kate, que se había enterado del segundo crimen cometido por el asesino de la zambomba, como ya se le llamaba en los periódicos, la radio y la televisión, pensaba que ésa era la causa de que Rex O'Malley no hubiese ido a verla, como le había prometido.

De pronto, llamaron a la puerta.

Kate, que se hallaba sentada en el sofá, de cara al televisor, viendo una película de los años cincuenta, brincó del mueble con expresión de infinita alegría.

—¡Rex! —exclamó, convencida de que se trataba del detective.

Corrió hacia la puerta y abrió.

En efecto, era Rex O'Malley.

—Rex... —pronunció la joven, sonriéndole dulcemente. —Hola, Kate

—saludó el detective—. Siento no haber podido venir antes, pero...

—No importa. Vamos, pasa.

Rex entró en el apartamento, pequeño y sencillo, pero muy acogedor. La temperatura, en él, era la ideal, porque los radiadores estaban encendidos.

Kate cerró la puerta y tomó del brazo al detective.

—¿Has cenado, Rex?

—Bueno, lo que se dice cenar, cenar... Me comí un emparedado de queso, sin salir del coche.

—Eso es muy poco.

—Lo sé, pero no había tiempo para más.

—Siéntate y te prepararé algo.

—Te lo agradezco mucho, Kate, pero no tengo ganas. —¿Cómo es posible, habiendo cenado sólo un emparedado de queso?

El gesto del detective se tornó grave.

—El asesino ha vuelto a actuar, Kate.

—Lo sé. Todo el mundo habla de ello.

—Llevamos ya día y medio tratando de dar con él, pero sin el menor resultado. Y esta noche puede haber una tercera víctima, Kate...

La joven se estremeció perceptiblemente.

—Esperemos que no, Rex.

—Ese loco asesino...

Kate le rozó la mejilla con sus dedos.

—Te noto muy fatigado, Rex.

—Lo estoy.

—Ven, siéntate en el sofá.

Rex se quitó la trinchera y la dejó sobre una silla.

Kate preguntó:

—¿Te apetece una taza de café, Rex?

—Sí, eso sí —aceptó el detective.

—En seguida te lo sirvo, lo tengo hecho.

Rex se sentó en el sofá y prestó atención al televisor.

Segundos después, Kate salía de la cocina, portando en una bandeja la cafetera, un par de tazas, el azúcar y unas servilletas de papel.

—¿Estabas viendo la película, Kate? —preguntó Rex.

—Sí, pero tiene muy poco interés. ¿Apago el televisor?

—Mejor será, sí.

Kate depositó la bandeja sobre la mesa, desconectó el televisor, y se sentó junto al detective, sirviendo el café, negro y humeante.

—Un solo terrón —dijo, echándolo en la taza de Rex.

Este sonrió.

—No lo has olvidado, ¿eh?

Kate lo miró tiernamente.

—No he olvidado nada de lo que pasó anoche en tu apartamento, Rex.

—Pasó muy poco.

—¿Tú deseabas que pasaran más cosas?

—Sí y no.

—Explícate.

—Eres una muchacha encantadora, Kate, y me hubiera gustado que entre nosotros hubiese habido algo más que un beso. Pero, al propio tiempo, no me sentía con ánimos para llegar más lejos. La muerte de Lorry Claxton fue un golpe muy duro para mí.

—Lo comprendo.

Rex O'Malley dio un giro a la conversación.

—¿Cómo siguen tu cuñada y tu sobrina, Kate?

—He ido a verlas este mediodía, y están las dos estupendamente.

—Me alegro. ¿Y tu dolor....?

—Apenas lo noto ya. Tus frías fueron de lo más efectivas.

—Otra sesión lo eliminaría por completo.

—¿Lo dices en serio?

—Claro.

Kate Landon se levantó.

—Traeré el frasco de alcohol —dijo, y fue hacia el cuarto de baño.

Rex tomó un par de sorbos de café.

—Está muy bueno, Kate —ponderó, paladeándolo con deleite.

—Mejor que el que haces tú —respondió la joven, que regresaba ya con el frasco de alcohol.

—Desde luego —admitió el detective, riendo.

—Cada uno sirve para una cosa. Tú, para dar friegas; yo, para hacer café.

Rex se levantó del sofá, para que la muchacha pudiera tenderse en él.

Kate se tendió.

Rex, que ya tenía el frasco de alcohol en las manos, puso las rodillas en el alfombrado suelo y subió el jersey de Kate.

Ella no le frenó la mano esta vez, aunque no por eso el detective dejó al descubierto sus senos. No le subió el jersey ni un centímetro más que la noche anterior.

Rex observó:

—Hoy no te han salido los colores.

—Hay más confianza —repuso Kate, con una deliciosa sonrisa.

—Me alegro —sonrió también el detective, y empezó a friccionarle la zona que resultara afectada por el golpe.

—Tu mano es fuerte, pero suave.

—Tu piel sí que es suave.

—Ya me has dado un «toque».

Rex carraspeó.

—Lo siento, son inevitables.

—No te disculpes, sé que no lo has hecho deliberadamente. Además, todavía no te sientes con ánimos para ciertas cosas.

Rex interrumpió las friegas.

—¿Cómo lo sabes?

—Se te nota en la cara.

—Sólo estoy cansado.

—¿Seguro?

—¿Quieres que te haga una pequeña demostración?

—Quiero.

Rex se inclinó sobre ella y la besó en los labios, recreándose en la acción, mientras su mano, la de las friegas, se deslizaba por debajo del rojo jersey y acariciaba los senos femeninos, redondos, separados, turgentes...

Kate Landon se estremeció dulcemente, y casi sin darse cuenta alzó los brazos y rodeó el cuello del detective, al tiempo que sus labios devolvían el beso con más ardor.

Rex O'Malley siguió acariciándole los pechos, cuyos pezones se habían levantado y vibraban bajo los hábiles dedos del detective.

Cinco minutos después de haber unido su boca a la de Kate Landon, Rex O'Malley interrumpía el excitante beso y miraba a los ojos a la muchacha.

—¿Sigues pensando que aún no me encuentro con ánimos para ciertas cosas?

—No, he cambiado de idea —respondió ella, reprimiendo un gemido

de placer, porque la mano del detective seguía sobre sus senos.

—Sólo estoy cansado, Kate, ya te lo dije. Si no lo estuviera...

—¿Qué?

Pasaría la noche en tu apartamento.

—Quédate de todos modos, Rex —rogó Kate.

—¿No te sentirás defraudada?

—¿Por qué?

—Bueno, lo lógico sería que...

—Quedan muchas noches, Rex, y casi prefiero que no hagamos el amor, todavía. Hoy me gustas más que ayer, y estoy segura de que mañana me gustarás más que hoy.

—A mí me ocurre lo mismo contigo, Kate.

Los ojos de Kate Landon brillaron de emoción.

—Bésame otra vez, Rex.

—Para eso aún tengo fuerzas —sonrió el detective, y volvió a pegar sus labios a los de ella.

CAPÍTULO XI

El teniente Donovan no se había equivocado al sospechar que, aquella noche, otra mujer joven y atractiva podía ser violada, acuchillada y martirizada por el asesino de la zambomba.

El sádico criminal ya tenía elegida la víctima, y hacia su apartamento se dirigía, protegiéndose del frío con su grueso chaquetón de cuero y portando una bolsa de deporte en su mano izquierda, en la que, entre otras cosas, llevaba una zambomba.

El asesino había estacionado su coche a más de cien metros del apartamento donde vivía su tercera víctima, y recorría esa distancia a pie.

Tranquilamente.

Como si se tratase de un sereno y pacífico transeúnte.

Nada más lejos de la realidad, claro.

En su pecho latía una sorda rabia, que no desaparecería hasta que su navaja cayese una y otra vez sobre el cuerpo desnudo de la chica y el carrizo de su zambomba penetrase hasta lo más hondo en su conducto vaginal.

El asesino ya estaba muy cerca del apartamento de su nueva víctima.

De pronto, se detuvo.

Sus fríos ojos centellearon al descubrir el «Ford» gris que permanecía estacionado junto a la acera, y que ofrecía desperfectos en la parte trasera.

Sí.

No cabía la menor duda.

Era el coche de Rex O'Malley.

La rabia del asesino se acentuó.

Rex O'Malley se hallaba en el apartamento de la víctima.

Sí, porque la chica escogida por el loco criminal para llevar a cabo su tercer asesinato, era... ¡Kate Landon!

* * *

Ignorantes por completo de que abajo, en la calle, el asesino de Lorry Claxton y Arlene Flavin, dudaba entre seguir adelante con su plan, o escoger una nueva víctima, Kate Landon y Rex O'Malley se besaban y se acariciaban tiernamente, sentados en el sofá.

—Deberías estar durmiendo ya, Rex —dijo Kate.

—Me caigo de sueño, no creas —confesó el detective.

—Mientras no sea encima de mí... —sonrió la joven, maliciosa.

—No es por falta de ganas, tú lo sabes.

—Es por culpa del cansancio.

—Sí.

—Pues, hale, a descansar. Mi cama te espera.

—Oh, no. Yo dormiré aquí, en el sofá.

—No puedo consentirlo. Anoche, en tu apartamento, tú me cediste gentilmente tu cama, y yo debo corresponder de la misma manera. Seré yo quien duerma en el sofá.

—Dormirás en tu cama.

—No, dormiré aquí.

—¿A que me voy?

—¿Serías capaz?

—Te aseguro que sí.

Kate le cogió las mejillas y lo besó en los labios, rozándoselos apenas.

—No quiero que te vayas, Rex.

—Entonces, no discutas conmigo.

—De acuerdo, para ti el sofá.

—Bien. Tráeme una manta y un almohadón.

—En seguida.

Kate se puso en pie.

Antes de que se alejara, Rex le dio una palmada en el trasero, cuya perfecta redondez señalaba con descaro el ceñido pantalón.

La joven se arqueó, dando un gritito de sorpresa.

—¡Descarado!

—Guapa.

—¡Feo!

—Pero simpático.

—Y tocón.

—No lo sabes tú bien.

—Empiezo a tener una idea.

—Aparte de un trasero muy tentador.

Kate pegó un salto hacia adelante, porque adivinó que el detective tenía intención de soltarle un pellizco en la nalga.

¡Quieto, manos largas!

Rex rió.

—Venga, trae esa manta y ese almohadón de una vez.

—¡A la orden! —rió también Kate, y se introdujo en su dormitorio.

Rex O'Malley se quitó la chaqueta y la corbata, y se abrió el cuello de la camisa. Dejó ambas prendas sobre la mesa, junto con su reglamentario revólver de calibre 38, que extrajo de la funda que llevaba acoplada al cinto. Luego se sacó los botines.

Kate Landon regresó con la manta y el almohadón.

—¡Ahí va! —dijo, y arrojó ambas cosas al detective, desde un par de metros de distancia.

—¿Qué pasa, tienes miedo de acercarte?

—Sí.

—No te voy a comer.

—Pero tienes unas ganas de pellizcar...

—Sólo quiero darte un beso.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

—Bueno, voy a fiarme —sonrió Kate, y se acercó al detective.

Este le puso las manos en las caderas.

—¿Te agachas tú o me levanto yo?

—Yo me agacharé, que tú estás cansado.

Rex esperó a que la joven se inclinara y entonces besó su boca, cálida y húmeda, que ella le ofreció entreabierta. —Me gusta besarte, Kate —dijo, después.

—Y a mí que me beses —confesó ella.

—A ver si tengo suerte, y sueño contigo.

—Cuidado con lo que haces, si lo consigues.

—Todo, seguro.

—Túmbate ya, sinvergüenza —rió Kate, empujándolo. Rex quedó tendido en el sofá. Kate lo cubrió con la manta y le puso el almohadón bajo la cabeza.

—Hale, a dormir.

—A la orden —dijo Rex, y cerró los ojos.

Kate apagó la luz.

Sólo tardó tres o cuatro segundos en alcanzar la pantalla y tirar del cordón.

Pues bien, aún tardó menos Rex O'Malley en dormirse.

* * *

El asesino seguía sin decidirse.

Subir al apartamento de Kate Landon, hallándose Rex O'Malley en él,

entrañaba un riesgo evidente. Pero, al propio tiempo, era toda una tentación.

Podía matar dos pájaros de un tiro.

Si apuntaba bien, claro; si no, él podía ser el «pájaro» abatido.

El asesino se decidió al fin.

Subiría al apartamento de Kate Landon.

Por la hora que era, suponía que Rex O'Malley y la chica ya se hallarían en la cama, haciendo lo que les apeteciera hacer, si es que no lo habían hecho ya.

Ojalá fuera así, porque los pillaría a los dos rendidos y profundamente dormidos, y le sería mucho más fácil sorprenderles.

El asesino subió al apartamento de la muchacha.

Antes de abrir con su llave maestra, pegó el oído de un palmo, y asomó la cabeza por el hueco.

No vio nada, pero sí oyó algo.

Ronquidos.

Leves, pero continuados.

Alguien dormía en el sofá.

El asesino adivinó que se trataba de Rex O'Malley, y se alegró, porque no hallándose en la cama, con la chica, aún le sería más sencillo sorprender al detective.

El tipo, después de asegurarse de que nadie le veía entrar en el apartamento de Kate Landon —como tampoco nadie le había visto subir—, acabó de abrir la puerta, con el mismo cuidado de antes, y se coló sigilosamente en él.

Después de cerrar la puerta, depositó su bolsa de deporte en el suelo y la abrió, sacando el negro y ancho antifaz.

Se lo puso.

Seguidamente, extrajo una porra.

Se acercó cautelosamente a Rex O'Malley.

El detective seguía durmiendo como un bendito, ajeno totalmente al grave peligro que se cernía sobre él y sobre Kate Landon.

El asesino se detuvo muy cerca de él y levantó la porra.

Un instante después, la dejaba caer sobre la cabeza de Rex O'Malley.

Fue un golpe seco.

Duro.

Preciso.

El detective no emitió gemido alguno, aunque su cuerpo se contrajo en el momento de recibir el golpe. Luego dio la impresión de que seguía durmiendo tranquilamente.

No era así, claro.

La sangre que fluía de la herida causada por la porra del asesino así lo demostraba.

El tipo del antifaz no perdió el tiempo.

Tomó el revólver de Rex O'Malley y corrió silenciosamente hacia su bolsa, donde lo guardó, tomando seguidamente un par de cuerdas de plástico, delgadas, pero extraordinariamente resistentes.

Con ellas, regresó junto al detective y le ató las manos a la espalda, fuertemente, atándole luego los pies. A continuación, lo amordazó, para que no pudiera gritar, cuando despertara.

Eliminado el peligro que suponía Rex O'Malley, el asesino se dispuso a ocuparse de Kate Landon.

CAPÍTULO XII

Kate Landon ya se había metido en la cama, pero no podía dormir.

Se sentía demasiado feliz.

Tan sólo hacía tres noches que conocía a Rex O'Malley, y ya le quería una barbaridad. Como, por otra parte, el detective parecía sincero al afirmar que ella también le gustaba muchísimo, su felicidad era doble. Aquello podía acabar en boda.

Y en fecha no muy lejana.

Con permiso del asesino de la zambomba, claro.

Si Kate Landon hubiera sospechado que se encontraba allí, en su apartamento, y que ya tenía maniatado y amordazado a Rex O'Malley, no habría pensado en matrimonios más o menos lejanos.

Y, por desgracia para ella, no iba a tardar en saberlo.

Todo empezó con aquel «¡roc!, ¡roc, roc roc!, ¡roc, roc, roc!», que comenzó a sonar de pronto.

Kate levantó la cabeza de la almohada y aguzó el oído.

¿Qué diablos era aquello?

¿La forma de roncar de Rex O'Malley?

Si era eso, no se casaría con él ni aunque se lo pidiese de rodillas.

¡Menudo orfeón por las noches!

Kate, dominada por la curiosidad, retiró la ropa de la cama y saltó al suelo.

El camisoncito, de color lila, semitransparente, era una monada.

Y lo que se vislumbraba debajo una tentación.

Kate tenía su bata a mano, pero no se la puso.

Se limitó a ponerse las zapatillas de paño, y así, con aquella indumentaria tan deliciosamente atrevida, abrió la puerta de su dormitorio.

No pudo descubrir que Rex O'Malley se hallaba maniatado y amordazado, porque el asesino lo había cubierto con la manta hasta muy arriba.

La primera impresión de Kate fue que, en efecto, aquel extraño y rítmico ruido era la forma de roncar del detective, pues el «¡roc!, ¡roc, roc, roc!, ¡roc, roc, roc!», sonaba allí, en el sofá donde él dormía.

La joven salió del dormitorio y se acercó al sofá, para asegurarse de que, efectivamente, Rex roncaba de aquella manera tan fea.

«¡Si parece que esté tocando una zambomba!», pensó:

Pensar eso, y quedarse paralizada de terror, fue todo la misma cosa, y su terror se acentuó escandalosamente al ver surgir de detrás del sofá al corpulento individuo que ocultaba su rostro bajo un ancho antifaz negro.

Era él quien tocaba la zambomba.

Bueno, ahora, ya no.

Había dejado de hacerlo antes de erguirse, aunque seguía teniendo la zambomba en las manos. En la izquierda, concretamente.

En la derecha, tenía algo peor.

Una navaja de resorte, cuyo extremo acercó rápidamente al cuello de Rex O'Malley.

—Si gritas o intentas huir, Kate, tu amiguito el detective pasará a mejor vida — amenazó, con siniestra voz.

La amenaza casi estaba de más, porque Kate Landon no hubiera podido gritar ni correr en aquel momento, aunque lo hubiese intentado.

Estaba demasiado aterrorizada.

Y no era para menos.

Allí, ante ella, tenía al sádico criminal que violaba a sus víctimas antes de coserlas a navajazos y destrozar sus entrañas con el carrizo de la zambomba, hundiéndolo en su sexo.

Kate se vio ya desnuda, y al asesino sobre ella, poseyéndola salvajemente, bajo la amenaza de degollarla si no se dejaba violar. También se vio destrozada a navajazos, sin fuerzas para impedir que el asesino le clavara el carrizo de la zambomba en el conducto vaginal, desgarrando todo lo que encontrara a su paso.

Era tan horrible, tan espantoso, que Kate Landon no pudo resistirlo y se derrumbó, quedando inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados, desvanecida.

Desvanecida..., y a merced del asesino.

* * *

Rex O'Malley movió débilmente la cabeza.

Al instante, un gemido de dolor escapó de su garganta, ahogado por la férrea mordaza que cubría su boca.

El detective no tardó en descubrir que estaba amordazado, y que tenía las manos y los pies fuertemente atados. Se hallaba tendido de costado, cara al respaldo del sofá. Por eso, de momento, no vio nada.

Rex se movió dificultosamente sobre el sofá, hasta conseguir quedar boca arriba.

Ya podía ver lo que había tras él, y lo que vio le heló la sangre en las

venas.

Kate Landon estaba sentada en un sillón, en camisón, con los ojos cerrados, muy pálida. También ella se hallaba amordazada, y con las manos atadas a la espalda. Sus piernas, en cambio, estaban libres.

Rex adivinó que la joven se hallaba desvanecida, porque, de otro modo, no aceptaría tan resignadamente que el tipo moreno, alto y robusto, cuyo rostro ocultaba bajo un antifaz negro, acariciase sus bonitas piernas, sus caderas, su vientre, sus senos...

Sobre la mesa, estaba la zambomba.

Rex O'Malley no necesitó más para comprender que el individuo que se estaba aprovechando de Kate Landon era el asesino de Lorry Claxton y Arlene Flavin.

El criminal interrumpió los sucios toqueteos y lo miró a su vez.

Fijamente.

Con una fría sonrisa en los labios.

Unos labios que a Rex le resultaban familiares.

Tampoco los ojos del tipo le resultaban desconocidos.

Ni su mentón.

Ni sus anchas y velludas manos.

Ni su poderosa complexión física...

El detective estaba tratando de recordar a quién pertenecía todo aquello, cuando el asesino se arrancó el antifaz y mostró su rostro.

Los ojos de Rex O'Malley se dilataron de asombro, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

El asesino de la zambomba era... ¡CHAD ROTH!

CAPÍTULO XIII

Chad Roth sonrió más ampliamente al ver la cara de perplejidad que ponía Rex O'Malley.

—No sospechabas de mí, ¿eh, Rex?

Rex O'Malley no respondió.

No podía hacerlo, con aquella dura mordaza en la boca.

—Supongo que te estarás preguntando por qué hago todo esto... —siguió hablando Chad Roth—. Te lo diré, Rex. Porque Janet Holmes se fue a la cama contigo. Recuerdas a Janet Holmes, ¿verdad?

Sí.

Rex O'Malley recordaba a Janet Holmes, una pelirroja de rostro tremendamente sensual y cuerpo sumamente tentador, con la que se tropezó una noche en un bar.

Ella se le insinuó, y él no le hizo ascos a la cosa.

Janet lo llevó a su apartamento, y allí hicieron ardorosamente el amor. Aquella noche..., y algunas otras.

Luego Rex se cansó de Janet y ya no volvió a meterse en la cama con

ella. La pelirroja, por su parte, tampoco lo buscó.

Algunas semanas después, Rex se enteraba de que Janet Holmes, borracha como una cuba, se había caído por una de las ventanas de su apartamento.

Un decimocuarto piso, nada menos.

Janet Holmes murió en el acto, claro.

Pero ¿qué relación tenía Janet Holmes con Chad Roth?, se estaba preguntando Rex O'Malley.

Chad, como si le adivinara el pensamiento, explicó: —Yo amaba a Janet Holmes, Rex. Estaba loco por ella, y deseaba hacerla mi esposa. Janet, sin embargo, le daba largas al asunto. Decía que ella también me amaba, y me lo demostraba en la cama, donde se entregaba a mí con una fogosidad sin límites. Pero no era verdad. Lo supe la noche que la sorprendí en la cama contigo. No, vosotros a mí no me visteis. Estabais demasiado atareados. Janet no me esperaba aquella noche, porque yo estaba de servicio. Hubo follón en un bar, cerca de allí, y yo fui uno de los que acudieron a poner orden. Se me ocurrió subir al apartamento de Janet y darle una agradable sorpresa. Pero la sorpresa me la llevé yo...

Rex O'Malley advirtió que el rostro de Chad Roth se congestionaba de rabia, que sus ojos brillaban agudamente, de un modo anormal.

El corpulento detective continuó:

—Estuve a punto de sacar mi revólver y acribillarlos a tiros a los dos, porque oía claramente los suspiros y los jadeos de gozo que emitía la perra de Janet, mientras tú la poseías y mordías su boca, su cuello, sus hombros, sus grandes pechos... Todavía no sé cómo pude contenerme y abandonar silenciosamente el apartamento. Aquella misma noche, empecé a planear mi venganza. Primero, castigaría a la zorra de Janet. Y no fue difícil hallar el modo. A Janet le gustaba bastante el whisky. Una noche la obligué a beber más de la cuenta, y cuando vi que estaba borracha, la acerqué a la ventana y la empujé, abandonando en seguida su apartamento, a toda velocidad. Nadie sospechó que Janet Holmes había sido empujada, todos pensaron que fue un accidente, al comprobar que apestaba a alcohol.

Chad Roth hizo una pausa y prosiguió:

—De ti también me vengaría, pero más cruelmente. Conocía tu amistad con Lorry Claxton, y sabía que dormías con ella de vez en cuando. Me dije que si tú hacías el amor con la mujer que a mí me gustaba, yo también tenía derecho a hacerlo con la mujer que te gustaba a ti. Fingí hallarme indispuesto hace tres noches, porque estaba seguro de que el teniente Donovan te designaría a ti para sustituirme. Al principio, pensé que me había equivocado, pues te vi subir al apartamento de la modelo, con una zambomba en las manos. Minutos después, sin embargo, bajabas de él, sin la zambomba,

montabas en tu coche, y te alejabas. Adiviné que habías ido a decirle a Lorry Claxton que no podías pasar la noche con ella, porque tenías servicio. Lo de la zambomba rae dio una idea, y fui a comprar una. Por el camino, sin embargo, me dije que sería peligroso, y en vez de comprarla, la robé, sin que nadie me viera, Así, cuando investigásemos el caso, ningún vendedor podría señalarme con el dedo y decir: «Usted me compró una zambomba, amigo.»

Chad Roth hizo otra pausa y continuó:

—egresé al apartamento de Lorry Claxton, con la zambomba. No me fue difícil entrar en él, utilice una llave maestra. La modelo ya se había acostado, pero salió corriendo de su dormitorio al oír la zambomba, que yo estaba tocando. Lo demás ya lo sabes. La amenacé con matarla si no se dejaba violar, y ella, claro, se sometió. A eso, a otras cosas que yo le obligué a hacer, llegando, incluso, a acariciarme íntimamente con su preciosa boca... Después de gozar de ella, destrocé su cuerpo y le clavé el carrizo de la zambomba en el sexo, porque sabía que eso no sólo la haría sufrir terriblemente a ella sino también a ti, cuando contemplaras su cuerpo martirizado.

Los ojos de Rex O'Malley brillaban ahora tan agudamente como los de Chad Roth, quien siguió con sus explicaciones:

—Disfruté mucho, Rex. Tanto, que decidí seguir violando y matando mujeres jóvenes y atractivas. En el fondo, todas son unas perras, como Janet Holmes. Arlene Flavin también lo era. Se acostaba con cualquiera por dinero. Yo, sin embargo, no le pagué con dólares, sino con navajazos, y luego le desgarré las entrañas con el carrizo de la zambomba, robada, como la primera, y como ésa que ves sobre la mesa. Es para Kate Landon, a quien también voy a violar y martirizar, en tu presencia. Luego acabaré contigo.

Rex O'Malley, que ya llevaba un rato pugnando, disimuladamente, por romper las ligaduras que sujetaban sus manos, redobló sus esfuerzos, sin ningún disimulo ya.

Chad Roth rió.

—Es inútil que te esfuerces, Rex. Sólo conseguirás lastimarte las muñecas. Y hablando de muñecas... ¿Sabes que esta morenita está pero que muy bien? —dijo, toqueteando de nuevo los muslos de la desvanecida Kate.

La cara de Rex O'Malley, roja por el esfuerzo que el detective estaba realizando, se puso más roja aún, de indignación.

La mano de Chad Roth se deslizó por debajo del camisoncito y oprimió los hermosos senos de Kate Landon, cuyos oscuros pezones pellizcó, con demasiada fuerza, quizá.

Seguramente fue eso lo que hizo volver en sí a la muchacha.

Kate, al ver de nuevo al asesino de la zambomba frente a ella, despojado de su antifaz, y manipulándole los senos, quiso chillar, pero

la mordaza ahogó su grito.

—¡Mmm...! —fue lo único que se escuchó, mientras la joven se debatía en el sillón, intentando librarse del tipo.

Pero, con las manos atadas a la espalda, y amordazada, bien poco pudo hacer, y Chad Roth, con cavernosa expresión, siguió manoseándolo todo.

—Tranquila, preciosa. Tú y yo vamos a pasarlo muy bien, aunque no lo creas. Y verás qué dientes tan largos se le ponen a Rex O'Malley. De hecho, ya se le están poniendo. Fíjate cómo nos mira...

Kate Landon observó al detective, cuyos músculos trabajaban a tope, en un supremo esfuerzo por romper las ligaduras que le impedían acudir en defensa de la muchacha.

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas, porque sospechaba que Rex no podría hacer nada por impedir que el loco asesino la violase, le diese de navajazos, y destrozase sus entrañas con el carrito de su zambomba.

Chad Roth le desgarró el camisón, dejándola con los senos al descubierto, y luego le arrancó la sucinta braguita que llevaba debajo, descubriendo el excitante triángulo de vello oscuro y rizado que cubría su pubis.

Kate, desesperada, apretó los muslos con todas sus fuerzas, aunque sabía que no serviría de mucho.

Chad empezó a quitarse la ropa.

Lentamente.

Para que la angustia de la muchacha y de Rex O'Malley fuese aún mayor.

Se despojó del slip, mostrando su excitada virilidad.

—Vamos con el asunto, preciosa —dijo, y se dispuso a separar las piernas de la horrorizada joven.

Kate, en un acto más bien reflejo, elevó bruscamente la rodilla derecha y la incrustó entre los muslos del violador, alcanzándole de lleno en los testículos.

Chad Roth lanzó un aullido y se derrumbó, ahogado de dolor.

Kate Landon, consciente de que si no aprovechaba aquel momento, ya no tendría una nueva oportunidad de librarse del sádico criminal, brincó del sillón y empezó a pisarle la cabeza, todo lo violentamente que fue capaz.

Chad Roth reaccionó, logrando agarrar las piernas de la muchacha, a la que derribó, saltando seguidamente sobre ella.

—¡Perra! ¡Te voy a hacer sufrir más que a ninguna! —rugió, los ojos inyectados de sangre, la boca espumeante.

Kate Landon pensó que todo estaba perdido.

Y eso parecía, porque el asesino le separó los muslos y se dispuso a traspasar salvajemente su intimidad. No con su masculinidad, que

había perdido todo su vigor a causa del terrible rodillazo que recibiera en los testículos, sino con el carrizo de la zambomba, la cual acababa de atrapar.

Por fortuna, en ese preciso instante saltaron las ligaduras que sujetaban las muñecas de Rex O'Malley, y el detective, sin perder un solo segundo despojándose de la mordaza o desatando la cuerda que sujetaba sus pies, saltó como un tigre sobre la espalda de Chad Roth.

Fue el comienzo de una lucha feroz.

Despiadada.

A muerte.

Los dos hombres sabían lo que se jugaban, y se decían lo mismo: que no podían perder. Chad Roth, aparte su mayor corpulencia, tenía la ventaja de que sus piernas estaban libres, pero en cambio tenía la desventaja de que los genitales le seguían doliendo una cosa mala, y ello le impedía moverse con la necesaria agilidad.

Rex O'Malley lo sabía, y como en aquella pelea no se podía ir con excesivos escrúpulos, propinó un duro golpe con el puño a Chad Roth, precisamente allí donde tanto le dolía. Chad aulló como un coyote, y se convirtió en una bola.

El filo de la mano diestra de Rex cayó como un hacha sobre la nuca de Chad.

Este quedó inmóvil en el acto, como muerto, aunque sólo estaba inconsciente.

Rex O'Malley levantó la mano, dispuesto a dejarla caer de nuevo en el mismo sitio y con la misma fiereza.

Pero no lo hizo.

Otro golpe así hubiera ocasionado la muerte a Chad Roth, con toda seguridad, y el teniente Donovan quería vivo al asesino de la zambomba.

Y vivo lo iba a tener.

EPÍLOGO

El teniente Donovan llegó acompañado de Harold Martin y otros dos detectives, y los cuatro traían una cara de asombro...

Chad Roth seguía en el suelo, inconsciente, las manos a la espalda, esposadas.

Rex O'Malley, además de las esposas, le había puesto el slip, porque ya había exhibido demasiado tiempo sus atributos masculinos en presencia de Kate Landon.

Esta, después de ser desatada y desamordazada por el detective, había corrido hacia su dormitorio y se había puesto su bata, ocultando su completa desnudez.

Luego atendió debidamente las muñecas de Rex, dolorosamente

destrozadas por la delgada, pero resistente cuerda de plástico. También atendió la herida de su cabeza, la que Chad Roth le produjera con su porra.

Rex O'Malley informó a su superior de todo.

Cuando el detective concluyó su relato, Marcus Donovan dijo:

—Gracias por haberlo atrapado vivo, Rex.

—Era mi obligación, teniente.

—Mañana no vayas por la comisaría. Quiero que te tomes unos días de descanso. Hasta que tus muñecas estén curadas del todo.

—Teniente, sé que anda usted escaso de hombres, y...

—No te preocupes, ya nos apañaremos.

Rex sonrió.

—Gracias, teniente.

—A ti, por haber atrapado al asesino de la zambomba. Nunca hubiera sospechado que se trataba de uno de mis hombres. Qué vergüenza para el Cuerpo...

—Chad estaba trastornado, no sabía realmente lo que hacía.

—No creo que eso le libre de la pena de muerte.

—Yo tampoco, pero...

El teniente Donovan se despidió de Rex O'Malley y de Kate Landon, y él y sus hombres abandonaron el apartamento de la muchacha, llevándose a Chad Roth, que seguía sin sentido.

Rex rodeó con su brazo la cintura de Kate, suavemente.

—Vamos, Kate.

—¿Adónde? —preguntó la joven.

—A acostarnos.

—¿En mi cama?

—Sí.

—Rex...

—¿Tienes algún inconveniente en qué durmamos juntos?

—No, pero...

—Te quiero, Kate.

—Y yo a ti, Rex.

Entraron en el dormitorio.

Rex se despojó de la camisa y del pantalón, conservando sólo el slip. Lo hizo de espaldas a Kate. Cuando se volvió, ella se hallaba ya metida en la cama, tapada hasta el cuello. Su bata yacía en el suelo.

El detective se metió también en la cama y sus brazos rodearon el Cuerpo desnudo de la muchacha, que temblaba de emoción.

Rex la besó amorosamente en los labios y la apretó contra sí, comenzando a acariciar sus muslos, sus caderas, sus nalgas, sus senos...

Kate Landon seguía temblando, pero ahora de placer y de deseo.

Un deseo que también sentía el detective, ella lo percibía claramente.

De ahí que separara un instante su boca de la de él y recordara, con maliciosa sonrisa:

—¿No dijiste que estabas cansado, Rex...?

—Sí, pero como mañana no tengo que ir a trabajar... —repuso el detective.

Volvieron a unir sus bocas, con más pasión que antes.

Pocos minutos después, unían también sus cuerpos desnudos, y ese maravilloso momento les ayudó a olvidarse por completo del asesino de la zambomba.

FIN